

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

cita con el asesino

KEITH LUGER



—Es maravilloso encontrarse otra vez en casa... —dijo Nora Burgoyne.

Desde la espaciosa terraza podía contemplar el Hudson, la mancha oscura de las aguas, plateando en los lugares donde recibía la luz de los faroles.

Yvonne, la criada, entró en el dormitorio portando una gran valija.

—¿Hizo buen viaje la señora?

—Magnífico.

Publicado en la colección Punto Rojo, de la editorial Bruguera, con el número 26, en el año 1962.



Keith Luger

Cita con el asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1250

ePub r1.0

Lds 04.06.18

Título original: *Cita con el asesino*

Keith Luger, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Es maravilloso encontrarse otra vez en casa... —dijo Nora Burgoyne.

Desde la espaciosa terraza podía contemplar el Hudson, la mancha oscura de las aguas, plateando en los lugares donde recibía la luz de los faroles.

Yvonne, la criada, entró en el dormitorio portando una gran valija.

—¿Hizo buen viaje la señora?

—Magnífico.

—¿Cómo ha encontrado París?

—Tan maravilloso como siempre —se volvió hacia Yvonne—. Siento que no pudieses venir conmigo.

Yvonne dio un suspiro.

—Sólo fue culpa mía enfermar cuando se disponía a tomar el avión.

—No te preocupes. Volveremos en la primavera.

—Cinco meses —dijo Yvonne.

—Nueva York no es tan malo, Yvonne. Estoy contentísima de encontrarme otra vez aquí.

En aquel momento el teléfono, que había sobre la mesilla de noche, se puso a sonar.

Yvonne tomó el auricular.

—Casa de la señora Burgoyne... ¿Sí? —Apartó el receptor cubriendo el micro con la mano—. El señorito Dick.

El bello rostro de Nora expresó sorpresa.

—Dile que no estoy.

—Perdone, señora, pero me olvidé decirle que llamó dos veces esta tarde.

—¿Cómo se enteró de que llegaba?

—Se lo dije yo. Lo siento.

—No tiene importancia. —Nora se acercó al auricular—. Hola, Dick... ¿Cómo estás?

—La mar de bien, mamá.

A Nora no le gustaba que Dick la llamase así. No era su madre. Era sólo su madrastra.

—¿Cómo van tus estudios, Dick?

—He batido todo un récord. —Dick rió por el cable—. Me expulsaron por cuarta vez.

—¡Dick!

—No frunzas el ceño, Nora... Es una lástima que echas a perder esa bonita cara... Siempre he presumido antes mis compañeros de tener la madre más hermosa del país...

—Sabes que no me gustan los requiebros.

—Oh, perdón —dijo Dick, pero siguió riendo—. ¿Qué culpa tengo yo de que seas tan atractiva, Nora? Y después de todo, no existe tanta diferencia de edad entre tú y yo. Ya he cumplido los veinte y tú ni siquiera estás por los veintiséis.

—Te equivocas. Celebré en París mi veintisiete cumpleaños.

—¿Sola?

—Dick...

—Oh, he de pedirte perdón de nuevo... Está muy reciente lo de mi padre, ¿cómo ibas a ser infiel a su memoria...? ¿Sabes una cosa? Estuve a punto de darte una sorpresa. Sí, quise ir a París, pero nuestro abogado, el señor Francis, se negó rotundamente a financiarme el viaje... ¡Y sólo le pedí dos mil dólares!

—Eso quiere decir que estabas sin dinero.

—Buena deducción.

—Pero, Dick, tienes una asignación suficiente para poder vivir con dignidad...

—¿No lees las estadísticas, mamá...? La vida cada día resulta más difícil. Todo ha aumentado, aunque no se ponen de acuerdo en cuánto...

—¿Puedes dejar las ironías, Dick?

—Claro que sí, Nora, a tus órdenes.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Puedo hacerte una visita?

—Estoy muy cansada.

—Sólo deseo verte. Apuesto a que los aires de Francia te han sentado muy bien.

—En otro momento, Dick.

—Bueno, en tal caso tendré que decírtelo por teléfono. ¿Nos dejamos de rodeos?

—Sí. Aunque sé lo que quieres. Dinero.

—¡Bravo por Nora! —rió Dick.

—Lo siento, Dick, pero no puedo hacer nada.

—No iba a pedirte nada a ti, Nora. Sólo quiero que hables con nuestro flamante abogado el señor Francis. Necesito que me adelante una parte de mi asignación para el año próximo.

—Estamos empezando noviembre, Dick. Faltan dos meses para terminar el año.

—Agradezco mucho tu delicada forma de situarme en el tiempo. Nora, pero eso no soluciona mis problemas... Como te iba diciendo, el señor Francis podría concederme un anticipo, digamos de tres mil dólares.

—¿No te parece que es demasiado?

—Nora, te juro que no es para invertirlo en un abrigo de visón... A propósito de eso, ¿te compraste alguno en París...? ¿O te dejaste seducir por la nueva moda? Según parece, se va a llevar este invierno la piel de pantera.

La joven se mordió el labio inferior.

—Está bien, hablaré con Francis.

—No lo dejes para la semana próxima, Nora, por favor.

—Te llamaré mañana.

—No lo hagas demasiado temprano. Nunca me levanto antes de las diez.

—En cuanto a tus estudios, Dick, debes terminarlos.

—Desde luego, Nora.

—Sólo te falta un año, Dick. Sería una lástima.

—Claro que sí, Nora, sería una condenada lástima —la interrumpió él—. Voy a dormir tranquilo esta noche. Palabra que sí, Nora. Sé que tendré el dinero...

Dick cortó la comunicación y la joven permaneció inmóvil, con el receptor junto al oído.

Yvonne estaba poniendo los vestidos en el armario de puertas

corredizas. Finalmente, Nora marcó un número en el dial.

—Por favor —dijo a la señorita que la atendió—, deseo hablar con el señor Francis. Soy Nora Burgoyne.

—Ahora mismo, señora Burgoyne.

Esperó un rato y enseguida oyó la voz de Francis.

—Nora, ¿dónde estás?

—En Nueva York.

—No te esperaba hasta dentro de un mes.

—Adelanté el viaje.

—¿Por qué no avisaste? Habría ido a esperarte.

—Preferí no encontrarme con nadie en el aeropuerto. Pasé en la cama la última semana en París.

—¿Qué es lo que tienes?

—Nada de importancia. Fue solo una gripe... Cornell, te llamo para hablarte de Dick.

—Dicen que las conversaciones enojosas no deben ser planteadas cuando se da la bienvenida a un viajero.

—Prefiero abordar ahora mismo el tema. Dick me llamó hace un rato para anunciarme su expulsión. Agregó que necesitaba dinero.

—Ese botarate... ¿Sabes por qué lo expulsaron esta vez? Le hizo el amor a la hija del decano... Salió una noche con ella y no la devolvió a casa hasta el día siguiente a las nueve de la mañana. Y su única explicación fue que se había llevado a la muchacha en el coche hasta Washington para pescar en el Potomac...

—Bueno, Cornell, hemos de tener un poco de paciencia. Se corregirá.

—¿Corregirse Dick? Lo siento, Nora, pero no opino lo mismo que tú. Ya le hemos dado demasiadas oportunidades y nunca ha sabido aprovecharlas.

—Por favor, Cornell, no quisiera hablar de eso ahora.

—Perdona, pero cada vez que me nombran a ese muchacho pierdo los estribos.

—Comprendo que tienes razones para ello, Cornell, pero seamos un poco benévolo con él.

—Ése es tu defecto, Nora. Has sido demasiado buena con Dick.

—Sólo he tratado de cumplir mis obligaciones.

—No, Nora, tú sientes cariño por el muchacho... Te has portado como una verdadera madre con Dick a pesar de que no estuvisteis

mucho tiempo juntos. El sabe que tiene en ti a la mejor defensora y por eso se refugia en tus faldas. Naturalmente, te ha hablado del adelanto que me ha pedido.

—Sí.

—Le dije que no le entregaría un centavo hasta que se iniciase el año. Me rogó, me suplicó... Pero no ha conseguido nada de mí.

—Quiero que le hagas ese adelanto, Cornell.

—Nora, por favor...

—Hazlo por mí. Sabes que gustosamente le daría un cheque, pero él, como otras veces, no quiere mi dinero.

—El condenado orgulloso...

—Dale tres mil dólares, Cornell.

El abogado respiró como si hubiese hecho una larga carrera.

—Debería decirte que no, pero ¿qué puedo negarte a ti, Nora?

—Gracias, Cornell —sonrió ella—. Le llamaré mañana para decirle que pase por tu oficina.

—Dile que le espero a las doce.

—Gracias, Cornell... Deseo que soluciones también lo de su expulsión.

—Nora, ¿sabes lo que significa eso? Tendré necesidad de hablar con el decano... Me humillará... No estoy acostumbrado a hacer esos papeles...

—No hará falta. Yo misma le haré una llamada al decano. Mi marido dejó un buen legado a la Universidad.

—Sí, lo sé y creo que es una buena arma por tu parte, aunque debo anticiparte que ya la he esgrimido en varias ocasiones.

—Quiero que Dick vuelva a las clases en el menor plazo posible. Acaba de comenzar el curso y el año próximo debe graduarse. Coincidirá con su mayoría de edad. Luego, puede hacer lo que quiera. Será dueño de sus actos, pero ahora debo velar por él.

—Sí, Nora. Ese muchacho ya te puede estar agradecido. Ni su propia madre habría hecho tanto por él. Desgraciadamente, no va a tener en cuenta nada.

—No lo hago para que me lo agradezca.

—¿Estás comprometida esta noche?

—No, pero me quedaré en casa.

—¿Estás segura de que no quieres cenar conmigo? Quizá te convendría entretenerte un poco.

—Otro día, Cornell. Gracias. ¿Me llamarás mañana después que te haya visitado Dick en la oficina?

—Cuenta con ello. Bienvenida, Mora.

Nora colgó.

Yvonne estaba preparando el baño.

Se dirigió hacia el espejo del tocador y empezó a despasarse los botones de la blusa. Interrumpióse para quitar el collar de perlas que rodeaba su cuello.

El espejo le devolvía la imagen de una mujer hermosa, en la plenitud de su belleza. Sus ojos eran grandes, negros, la nariz recta, la boca de labios rojos, finamente trazados. No, la enfermedad que la había aquejado durante una semana en París no había dejado la menor huella en su cara.

Puso el collar en el cajón y empezó a quitarse las pulseras.

El teléfono se puso a sonar de nuevo.

Yvonne estaba en el cuarto de baño de modo que fue ella, Nora, quien se acercó a la mesilla de noche y tomó el auricular.

—¿Sí?

No oyó ninguna voz a la otra parte. Sólo una respiración.

—¿Quién es? —repitió.

Nueva pausa.

Nora arrugó el ceño.

—Oiga...

—¿Señora Burgoyne...? —Era una voz ronca, una voz extraña.

—Sí, soy yo.

—Quiero decirle algo, señora Burgoyne.

—¿Con quién hablo?

—No importa quién sea. ¿Tiene a la vista un reloj, señora Burgoyne?

Instintivamente, Nora miró su reloj de pulsera.

—No le comprendo —murmuró.

—¿Qué hora es, señora Burgoyne?

—Las siete y cuarto... ¿Es eso lo que quería?

El hombre se echó a reír.

Nora no tuvo duda de que se trataba de un borracho. ¿Por qué no había colgado? ¿Por qué no cortó la comunicación después que aquel hombre no le había declarado su identidad?

Fue a hacerlo ahora, pero oyó otra vez la voz ronca:

—Sí, señora Burgoyne. Son las siete y cuarto... Nuestros relojes marchan igual.

—Ahora que ha llegado a ese gran descubrimiento, adiós.

—Espere, señora Burgoyne. Aún no he terminado. Es necesario que me escuche porque es muy importante para usted...

—No le escucharé si no me dice quién es.

—No puedo decírselo, señora Burgoyne. Si se lo dijese, no podría llevar a cabo lo que voy a hacer... ¿Sabe lo que es?

—No, y creo que se equivoca. No me interesa nada.

El hombre rió.

—Señora Burgoyne, la voy a matar a usted.

Nora sintió un escalofrío por la espalda.

—Está loco —dijo, y colgó bruscamente.

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Tuvo la sensación de que el teléfono estaba helado y que el frío se le transmitía a las manos, a los brazos, y finalmente a todo el cuerpo.

—¿Qué le ocurre, señora Burgoyne?

Giró sobresaltada al ver a Yvonne en la puerta del cuarto de baño.

—Nada, Yvonne.

—Está muy pálida.

Le sonrió débilmente.

—Es el cansancio del viaje...

De repente el timbre del teléfono se puso a sonar de nuevo. Tuvo la impresión de que el tiempo se detenía. Ella estaba allí, inmóvil, con la mano en el receptor y el timbre seguía sonando.

Por el rabillo del ojo podía ver a Yvonne junto a la puerta del cuarto de baño, también quieta.

Finalmente tomó el receptor y lo acercó muy lentamente a su oído.

—¿Sí?

Otra vez el mismo silencio... Otra vez la misma respiración.

—Por favor, ¿quiere dejarme en paz? —dijo.

—Sí, señora Burgoyne —contestó la voz ronca—. La dejaré en paz... Completamente en paz... Usted estará muerta para las seis de esta madrugada. ¿Lo oye?

—¿Quién es usted? ¡Dígamelo! ¿Quién es?

—La mataré en cualquier momento desde ahora hasta las seis de

la madrugada... ¿Lo oye, señora Burgoyne...? Puede ser dentro de una hora, de dos o de cinco... ¿Quién sabe? Pero puedo asegurarle una cosa... Está viviendo sus últimos minutos... Los últimos, señora Burgoyne...

Luego, Nora, oyó que la comunicación quedaba interrumpida.

CAPÍTULO II

—¿Qué ocurre, señora Burgoyne? —preguntó Yvonne. Nora dejó el receptor en la horquilla.

—Un bromista estúpido —contestó mecánicamente.

—¿Por qué habrá gente que se entretiene en molestar a otros por teléfono?

—¿Está el agua, Yvonne?

—Sí, señora, lo tiene todo dispuesto.

—Gracias.

—Si me necesita...

—No, Yvonne. No te necesito.

La sirvienta cruzó la habitación para salir del dormitorio.

—Yvonne...

—Diga, señora.

—¿Llamó alguien en mi ausencia? Quiero decir algún desconocido...

—No, señora. Siempre fueron amigos o amigas de la señora... Quien lo hizo más habitualmente fue su cuñado.

—Charles —dijo ella y se sintió confortada—. ¿Cuándo llamó por última vez?

—Esta misma mañana. Lamentó mucho no poder ir al aeropuerto. Dijo que tenía que llegarse a Philadelphia.

Yvonne esperó unos segundos y finalmente Nora le hizo un gesto con la mano para que saliese.

La puerta se cerró tras la criada.

Nora se apoyó entonces en la mesilla de noche. Durante aquellos últimos minutos había estado tratando de contenerse, pero ahora sus piernas se negaban a sostenerla.

Aquella voz... Aquel hombre...

Bueno, ¿por qué le daba importancia? Naturalmente, se trataba de alguien que se había querido divertir a su costa.

Como había dicho Yvonne, había gente sin nada que hacer que se entretenía así, amargando la vida a sus semejantes. Ahora le había tocado el turno a ella. Aquel hombre había llamado a un número al azar...

De pronto se estremeció... No, no había sido al azar. El hombre había citado su nombre... «Señora Burgoyne». Eso era lo que había dicho la voz ronca por el hilo telefónico.

Muy bien, la conocía y eso sólo quería decir que él había consultado antes la guía telefónica.

Debía desechar sus temores. No podía temer nada de nadie.

Dios mío, qué tonta era.

Sí, estaba cansada. Después del baño se sentiría mucho mejor...

Terminó de desvestirse y se cubrió con un batín. Quedó pensativa frente al espejo y por último se acercó otra vez al teléfono.

Marcó un número en el dial.

—Señorita, ¿está todavía ahí el señor Francis?

—Sí, desde luego. Es usted la señora Burgoyne, ¿verdad?

—Sí.

—He reconocido su voz. Le paso la comunicación.

—Muchas gracias.

Sólo tuvo que esperar un minuto.

—¿Nora...? —Oyó a Cornell—. Perdona, estaba atendiendo a un cliente.

—Te llamaré más tarde, puedo esperar.

—De ningún modo, Nora, ya lo solucioné. ¿De qué se trata?

A Nora se le antojó absurdo llamar a Francis para anunciarle que un desconocido la había amenazado de muerte.

—Cornell, no he hecho testamento.

—¿Eh?

—Me he acordado de que una vez te referiste a eso.

—Sí, Nora, lo recuerdo perfectamente. Te hablé antes de que fueses a Los Angeles hace unos meses. Bueno, ¿cómo se te ha ocurrido pensar en ello ahora?

—La verdad es que no ha sido ahora... Lo pensé en París.

—¿Te ocurrió algo allí...? ¿Acaso no se trató de una simple

gripe?

—No, Cornell. Ya te he dicho que aquello fue una cosa sin importancia, pero mientras estaba en la cama enferma, por pensar en algo, se me ocurrió que podía morirme. Fue entonces cuando recordé tus sugerencias del testamento... Estuve a punto de llamarte desde París para preguntarte, en caso de mi muerte, qué habría pasado con mi fortuna...

—Habrían entrado en juego las estipulaciones que tu marido insertó en su testamento.

—¿Sabes una cosa, Cornell? Nunca las leí.

—La culpa es mía. No te he dado a leer el testamento, pero recuerdo perfectamente que cuando entraste en posesión de la herencia de Lawrence te lo dije de viva voz... Aquel día tenías mucha prisa.

—Bueno, Cornell, ¿te molestaría repetírmelas ahora?

—En absoluto, aunque tendré que prescindir de tecnicismos legales.

—Será mucho mejor para mí.

—Si te decides a hacer testamento, sólo podrás disponer de una parte de la herencia que recibiste de tu marido. Traduciéndolo en dinero efectivo, aproximadamente posees actualmente unos treinta millones de dólares, pero de esos treinta millones, vuelvo a repetir, sólo puedes disponer en tu última voluntad de medio millón. Del resto, hasta los treinta millones, eres sólo una usufructuaria en vida. Tu marido ya dispuso de ellos en su testamento, para el caso de que tú murieses. Los nuevos herederos serían Dick y tu cuñado Charles... Dick heredaría aproximadamente unos veinticinco millones, de los que tampoco sería dueño hasta su mayoría de edad... El doctor Evans y yo, como fidecomisarios, tendríamos que defender el patrimonio de las tarascadas del muchacho.

—¿Y Charles?

—Charles pasaría a ser automáticamente dueño de fábricas y valores, por un total de casi cinco millones. Para él no existe ninguna cortapisa. Podría venderlo todo al minuto de recibir la herencia. A propósito del hermano de tu marido, estuvo aquí a verme para hablarme precisamente de dinero.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Hace cosa de dos semanas.

—Imagino que también querría... efectivo.

—Sí, de eso se trataba. Al parecer, había visto buenas posibilidades financieras de asociarse con un americano. Ya sabes que el *hobby* de Charles siempre han sido los motores náuticos. Un tal Gabor Winter ha inventado un nuevo motor fuera de borda y Charles quería fabricarlo con él.

—¿Cuánto necesita?

—Bastante. Trescientos cincuenta mil dólares.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Su hermano Lawrence sólo le dejó una participación en la fábrica de abonos de Ohio. Traducido en dinero significa para él unos veinte mil al año. Me preguntó si había posibilidades de que le hiciese un préstamo sobre su futura herencia... —Cornell rió—. Le contesté que tú gozabas de una inmejorable salud y que no podía hacerle un préstamo sobre una posibilidad remota.

—¿No encontraría a otra persona?

—Siempre hay especuladores que se atreverían a hacer una operación de esa clase. Pero le aconsejé que se estuviese quieto. Si Charles consiguiese un préstamo sería a costa de pagar altos intereses.

—¿Entonces, desistió?

—No lo he vuelto a ver desde entonces.

—Gracias, Cornell.

—¿Sabes que me has intranquilizado con tu consulta?

—Dicen que las cosas es mejor dejarlas solucionadas.

—Perdona, Nora, pero tú no tienes familia.

—¿Es eso un obstáculo para que no disponga de mis bienes antes de morir?

—En absoluto, pero, en fin, tú sabes lo que siento por ti...

—Aprecio tu cariño, Cornell.

—Es algo más que cariño.

—Cornell.

—¿Por qué no me dejas que te lo demuestre?

—Por favor, ahora no, Cornell.

—Bien, Nora. Estaré todavía un par de horas en la oficina. He de preparar un informe para mañana... Te lo digo por si te sintieses un poco sola.

—Gracias, Cornell, yo... —Quedó un momento en suspenso. Estuvo a punto de decírselo. Cornell estaba enamorado de ella. Sí, lo había sabido desde que, antes de casarse, el propio Lawrence los presentó un día en el Storck Club. ¿Y si se lo decía a él...? ¿Por qué no?

—¿Sigues ahí, Nora?

La voz de él la devolvió a la realidad.

—Te llamaré mañana, Cornell. Adiós.

Colgó inmediatamente, antes de que no pudiera contener el impulso de hablar del hombre que la había amenazado por teléfono.

Pensó otra vez en las palabras: «Está viviendo los últimos minutos de su vida...».

No, no debía tenerlas en cuenta. Aquel hombre era un bromista.

Pasó al cuarto de baño y se introdujo en el agua.

Le gustaba llenarse de espuma, cubrirse con ella hasta el cuello.

De pronto oyó un ruido fuera.

Todo su cuerpo quedó en tensión.

Miró la puerta cerrada.

—Yvonne —dijo.

No le llegó ninguna respuesta.

Sintió que su garganta estaba reseca.

Oyó un golpe en la ventana de la terraza.

—Yvonne —llamó otra vez.

Tampoco le contestó la sirvienta.

¿Por qué hablaba? ¿Por qué? Con eso sólo hacía que ayudar al hombre que estaba allí para que la localizase.

Esperó quieta, rígida.

El agua se había tornado súbitamente helada y el frío le estaba llegando a los huesos después de haber traspasado su piel y su carne.

Dios mío, ¿cómo no se había dado cuenta? Allí estaba el timbre. Alargó la mano y pulsó el botón que comunicaba indistintamente con la habitación de Yvonne y con la cocina.

Contó cinco segundos y volvió a apretar el botón.

Oyó el chasquido de una puerta.

Dios mío. Yvonne vería aquel hombre. Lo vería.

De pronto llamaron a la puerta del cuarto del baño y, sin quererlo, dejó escapar un grito.

—¡Señora Burgoyne...!

Yvonne abrió la puerta y se quedó inmóvil mirándola con ojos asombrados.

—¿Qué le ocurre, señora Burgoyne?

La joven respiró entrecortadamente.

—Nada... —sonrió—. Un simple mareo..., ¿quieres ayudarme?

—Desde luego.

Yvonne la cubrió con la toalla.

Nora sintió su piel llena de jabón.

—Yvonne...

—Diga, señora.

—¿Lío..., no ha venido nadie?

—No, señora.

Se dio cuenta de que la sirvienta la miraba extrañada. Por el resquicio vio la ventana, los visillos flotando al aire, empujados por la brisa que llegaba del río.

Se apretó las sienes con la mano.

—Señora Burgoyne, ¿quiere que llame al doctor?

—No; me pasará enseguida.

—Le daré aquellas gotas, ¿se acuerda? Las tomó cuando ocurrió lo de su marido. —Yvonne se mordió el labio inferior—. Perdona, no debí recordárselo.

—Sí, Yvonne, trae la medicina.

La sirvienta salió del cuarto de baño, pero ella no quiso permanecer allí y se introdujo en el dormitorio.

De pronto oyó un ruido en la terraza y quedó nuevamente rígida.

Asomó poco a poco la cabeza sintiéndose invadida por el miedo, la mano en la garganta, presta a gritar.

Allá en el rincón había una maceta con la planta tropical que Law había traído de una de sus expediciones. Una de las ramas era azotada por el viento y la hoja carnosa rozaba contra la pared, produciendo aquel ruido que la había alarmado.

No, allí no había nadie. Dios mío, ¿es que había bastado que un hombre, un estúpido, la eligiese como víctima de una broma cruel para que se sintiese tan llena de miedo...?

Entró otra vez en el dormitorio.

¿Por qué tardaba tanto Yvonne?

Se detuvo mirando el papel que había en el tocador. Estaba segura de que no estaba allí cuando entró en el cuarto de baño...

Echó a andar despacio, muy despacio.

¿Quién había dejado aquello allí...?

Observó la puerta deseando que se abriese, que llegase Yvonne, pero siguió andando como hipnotizada, como si aquel papel emanase un fluido magnético.

Un paso..., otro...

Ya había llegado ante el tocador. Movi6 la mano y sus dedos rozaron el papel. Dio un tir6n suave. Lo acerc6 a su cara. Entonces, sus ojos leyeron el mensaje: «Ya he entrado en su apartamento, se1ora Burgoyne. He podido matarla, pero me ha parecido demasiado pronto. De aqu6 a las seis de la ma1ana hay muchas horas, muchas...».

CAPÍTULO III

—¡Yvonne...! ¡Yvonne...!

Oyó una carrera a lo lejos.

La puerta se abrió de golpe y la sirvienta entró en la habitación.

—¿Dónde estabas, Yvonne?

—Perdone, señora. No encontraba la medicina, pero ya la tengo... —Mostró en la diestra el frasco—. ¿Quién...? ¿Quién ha entrado aquí?

Yvonne hizo un gesto de sorpresa, mirando a su alrededor.

—¿Aquí...? Nadie, señora.

Nora llevó aire a sus pulmones.

—Yvonne, ¿qué es lo que intentas?

—¿Yo, señora...? No la comprendo.

—Tú has dejado este papel sobre el tocador.

—¿Eh...?

—No te hagas la inocente. Has sido tú. Somos las únicas personas que hay en la casa.

—Señora, le aseguro que...

—Basta ya de excusas, Yvonne. ¿Qué es lo que persigues con esto? —Nora avanzó sobre la criada que permanecía junto a la puerta.

—Señora Burgoyne... —repuso la criada con voz asustada—. ¿Quiere que llame al doctor?

—Crees que estoy loca...

—No, señora, pero quizá le convenga...

—Quizá me convenga que me visite el doctor, ¿verdad, Yvonne...? Yo estaba en el cuarto de baño cuando oí un ruido. Te llamé y tardaste un rato en venir. Luego me sugeriste que traerías esa medicina. Te marchaste y en ese momento, o bien cuando te

llegaste al cuarto de baño, dejaste el papel en el tocador.

—Le aseguro que no sé de qué me habla, señora Burgoyne... No dejé nada sobre el tocador. Es la primera vez que veo ese papel.

Nora se dijo que había perdido el control de sus nervios. Sí, estaba tan asustada que sólo había pensado en Yvonne, pero ¿y la voz ronca por teléfono...? Yvonne estaba en el dormitorio mientras ella hablaba con el desconocido, y ahora la criada parecía realmente aturdida por las acusaciones de que ella la estaba haciendo objeto.

—Dame eso, Yvonne.

Yvonne alargó tímidamente el brazo.

Nora tomó el frasco.

—Puedes salir.

Yvonne se mordió el labio inferior, quiso decir algo, pero finalmente salió de la habitación.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de la sirvienta, Nora leyó otra vez el mensaje.

Oyó mido en la terraza y alzó los ojos, asustada.

Era otra vez el viento. La hoja carnosa de la planta tropical que rozaba contra la pared.

Se dirigió al hueco.

No, no había nadie.

Caminó hacia la maceta y la apartó de junto al muro. Luego se asomó a la balaustrada.

La terraza correspondía a la parte trasera de la casa.

Vio las negras sombras de la noche allá abajo, en el jardín limitado por el muro que rodeaba la construcción.

Allí, justo, había una puertecita de hierro.

La cerradura debía estar oxidada. Hacía mucho tiempo que aquella puerta no se abría. Recordó que ella tenía la llave. Se la había dado su marido, Lawrence, antes de emprender la expedición de la que nunca volvió.

Sí, ella había guardado la llave, y recordaba exactamente el lugar.

Se volvió rápidamente y entró en el dormitorio corriendo hacia el armario.

Abrió las puertas y tiró del tercer cajón.

Vio un camisón, pañuelos, dos pares de medias... Había dejado

la llave en el rincón de la izquierda.

Introdujo la mano por debajo de la ropa y sus dedos tantearon, ansiosos.

Sintió un escalofrío por la espalda al no tocar la llave.

No pudo resistirlo más. Tiró del cajón y las prendas cayeron en desorden.

Pero allí no había ninguna llave.

Sintió que su cuerpo se quedaba rígido.

¿Y si se había equivocado? ¿Y si no la había guardado en el tercer cajón?

Buscó en el primero febrilmente, pero tampoco estaba allí.

Introdujo las manos en el segundo.

Levantó un álbum de fotografías y vio la llave.

Se echó a reír. Había sido una estúpida. ¿O no lo había sido...? Habían tenido mucho tiempo para tomar la llave de allí y hacer una copia.

Pero entonces Yvonne debería estar de acuerdo con el hombre de la voz ronca.

No, no era necesario que Yvonne estuviese de acuerdo con el desconocido. Habría bastado a éste con llegarse hasta la puerta de hierro y sacar un molde de cera... ¿No era así como se hacía?

De pronto oyó el timbre de la puerta y se volvió bruscamente sintiendo el latir de la sangre en sus sienes.

Esperó un rato y luego echó a andar rápidamente llegándose a la puerta del dormitorio.

La abrió unas pulgadas escuchando la voz de Yvonne desde el vestíbulo.

—Buenas noches, señor Burgoyne.

—Hola, Yvonne. ¿Ya llegó la señora?

—Sí, señor Burgoyne...

—¿Qué te pasa, Yvonne?

—Nada, señor.

—Parece como si hubieses visto al mismo diablo.

—No he dormido bien durante las dos últimas noches.

—¿Y cuál es la causa? ¿Tu novio?

—No, señor Burgoyne. Una simple jaqueca... Avisaré a la señor...

—Déjalo, Yvonne. Yo mismo subiré. Quiero darle una sorpresa.

Nora se dirigió al cuarto de baño, pero en el camino guardó la ropa que había en el suelo.

Se despojó del batín y se puso bajo la ducha abriendo la llave del agua.

Se quitó el jabón de la piel.

Oyó que llamaban a la puerta desde el corredor.

Salíó de la ducha y se cubrió con la toalla frotándose vigorosamente.

Otra vez volvieron a llamar.

—¡Nora! —Oyó la voz de Charles.

—Puedes entrar, Charles —dijo.

Oyó sus pasos en el interior de la habitación.

—Ahora mismo salgo, Charles.

Se puso un salto de cama y encima el batín.

Charles estaba junto a la terraza y se volvió para mirarla.

Estaba más bronceado que la última vez que lo vio y seguía tan atractivo como siempre, sonriendo de aquella forma que gustaba a las mujeres.

—Hola, querida.

—¿Cómo estás, Charles?

Avanzó sobre ella y la tomó por los brazos.

Nora sintió sobre sí la mirada de aquellos ojos azules en los que parecía brillar perennemente una chispa de ironía.

—Más bonita que nunca... Esos europeos saben hacer las cosas.

—Charles.

El se agachó sobre ella y la besó en la boca.

—Bien venida a tu hogar.

Nora se dio cuenta de que, como siempre, él prolongaba el beso demasiado.

Apartó su cara y se desasíó suavemente.

—Yvonne me dijo que te habías marchado a Philadelphia.

—Dejé allí el coche y regresé en avión.

—Ya entiendo, no querías estar mucho tiempo apartado de Karen.

—¿Karen?

—¿No se llamaba así la rubia con la que salías...?

El se echó a reír.

—Ya terminé con ella.

—¿Cuándo?

—Hace una eternidad.

—Sólo he estado unos meses ausente.

—Bueno, quizá acabase con Karen unos días después que te marchaste.

—¿Y quién es ahora la afortunada?

—Eh, Nora, ¿te burlas de mí?

—¿Yo? Oh, no.

—Entonces te voy a dar una sorpresa, querida cuñada. No hay ninguna mujer.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo porque es la verdad.

—¿Tú sin ninguna mujer...? Es como si pretendiesen hacerme creer que la Casa Blanca no está ya en Washington.

—Comprendo que es difícil de admitir. Charles Burgoyne el mujeriego, el juerguista, se da cuenta de que en el mundo hay otras cosas que las mujeres.

—¿Qué otras cosas, Charles?

—Los negocios.

—Ah, ya —ella dio unos pasos por la estancia y se detuvo mirándolo—. Los negocios... y el dinero.

—Bueno. Son dos conceptos que van unidos. Negocios y dinero, dinero y negocios...

Hubo un silencio entre ellos.

«¿Y si fuese él?», se dijo Nora.

«Sí. ¿Por qué lo dudas? Está claro como el agua. Es él, tu queridísimo cuñado, Charles Burgoyne... ¿No te lo ha dicho Cornell Francis...? Quiere dinero. Necesita trescientos mil dólares. Naturalmente, no los conseguirá de ninguna forma. Pero tendrá cinco millones... cuando tú mueras, Nora. Cinco millones».

—Tengo una buena oportunidad, Nora. Un amigo mío, un americano, ha inventado un motor fuera borda. Se hará el dueño del mercado... Ganará millones...

—¿Te has asociado con él?

—Sí, aunque en cierto modo, la sociedad todavía no se ha constituido formalmente. Está todo preparado, escrituras en regla..., pero falta la parte más importante. La aportación del capital.

—¿Lo hacéis a medias?

—No. Mi amigo Winter no tiene ningún dinero.

—Tú eres el socio capitalista.

—Exactamente.

—Tengo que darte la enhorabuena, Charles. Celebro que ahora, a tus treinta y cinco años, descubras esa nueva faceta, tu magnífica predisposición para los negocios.

—No tengo el dinero, Nora.

Ya había salido. No tenía el dinero.

—Tratándose de un negocio tan claro no será ningún obstáculo. Podrás pedirlo a cualquier persona.

—Ya lo intenté..., y estoy como al principio.

—Oh. Charles, qué lástima...

—Tengo mala fama, ¿sabes? Lo que has dicho antes con respecto a las mujeres es cierto. Todo el que me conoce piensa que soy alguien en quien no se puede confiar. Resulto bueno para una fiesta y eso es todo... Como inversión soy un fracaso. Nadie se atreve a depositar en mí su confianza, que es tanto como decir a prestarme su plata.

—Hay Bancos...

—He dado todos los pasos. ¿Sabes cuántos Bancos he visitado?

—No.

—Once. ¿Lo oyes? Once Bancos. Si alguien me hubiese dicho que yo iba a hacer antesala ante el despacho del director de un Banco durante una hora, pensaría que estaba chiflado. Pues bien, he esperado en los antedespachos de once directores. Sumado todo el tiempo perdido, he pasado casi dos días contemplando esos cuadros horribles que decoran las paredes de las frías estancias donde los banqueros acostumbra a encerrar a sus visitantes.

Nora tomó una lima de las uñas.

Charles caminó hacia la joven.

—Nora... Quisiera que me ayudases.

—Charles, yo...

—Déjame que termine. Te daré una participación.

—Lo siento, pero no entiendo nada de inversiones.

—Te lo puedo explicar.

—¿A mí? ¡Oh, no, Charles! Sería como si me dices una aburrida lección de álgebra. Pero puedo ofrecerte una solución.

—Magnífico.

—Habla con mi abogado.

La sonrisa que había empezado a florecer en los labios de Charles se convirtió en hielo.

—Tu abogado —repitió.

—Francis está al corriente de todas esas cosas, negocios, inversiones... Ya sabes que confío plenamente en él.

Charles se pasó una mano por el cabello negro cortado al cepillo.

—Me temo que no voy a adelantar nada. Nora.

—¿Por qué?

—Tu abogado está en contra de mí. Me considera un parásito. Si estuviese en su mano, me negaría hasta la renta anual que me señaló mi hermano en su testamento. Ese hombre me odia, Nora. Preferiría que fueses tú quien decidiese.

—Lo pensaré, Charles.

—Lo siento, pero mi opción a participar en la sociedad de mi amigo termina mañana a las doce de la noche.

—Es muy poco tiempo.

Charles sonrió.

—Bastará tu firma para que consiga el efectivo.

—No, Charles.

La atmósfera de la estancia pareció tensarse.

—Tienes mucho dinero, Nora.

—Eso no es una razón para que lo tire por la ventana.

—¿Tirarlo?

—Será mejor que demos por terminada esta conversación, Charles.

—Nora, nunca te he hecho recordar ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

—Mi parecer con respecto a tu boda con mi hermano, por ejemplo.

—¿Tienes que recordarme algo a ese respecto?

—Sí.

—Soy yo quien no te entiende ahora.

Charles volvió a sonreír.

—No le dije a mi hermano la verdad sobre ti.

La joven entornó los ojos.

—¿Qué es eso de la verdad?

Charles se sentó en un sillón cruzando las piernas.

—La clase de mujer que tú habías sido antes de que él te conociese.

La mano de Nora se abrió y la lima de las uñas cayó al suelo.

CAPÍTULO IV

—¿Qué sabes tú, Charles?

—Mucho más de lo que tú crees.

Charles, sin dejar de sonreír, sacó la cartera del bolsillo y de ella extrajo una fotografía.

—Toma —alargó la mano—. Echale un vistazo.

Los dos permanecieron quietos un rato, mirándose. El con la mano extendida, sentado en el sillón, ella junto al tocador.

Finalmente, Nora echó a andar y tomó la fotografía. Era ella misma, con las piernas embutidas en medias negras de rejilla, zapatos de tacones altos. El resto de su cuerpo estaba cubierto con unas ropas ceñidas.

—Estabas muy bien de rubia —dijo Charles—. Maravillosa.

—¿De dónde la has sacado?

—La he guardado conmigo casi dos años. La conseguí un par de semanas antes de que te casases con Law, pero ya ves lo buen cuñado que soy. No le dije nada.

Nora hizo un gesto de ir a romper la foto, pero se detuvo.

—Anda, destrózala —dijo él—. La puedes hacer pedazos. Tengo otras en casa. Me hice encargar una docena, ¿sabes? Tengo una de ellas en mi colección con Charlotte, Susan, Karen y todas las demás. Tú eras la reina, las presides a todas, en el centro de la pared.

—Es asqueroso.

—Pero, Nora, ¿cómo te atreves a decir eso? Tú les das ciento y raya a todas. Ninguna se puede comparar contigo. —La recorrió con la mirada de la cabeza a los pies.

—Eres un bastardo.

Charles chascó la lengua sin dejar de sonreír.

—Ésa no es una palabra para que la pronuncie Nora Burgoyne,

aunque formase parte del vocabulario de esa bailarina que refleja la fotografía, Sally Hollister, cuando trabajaba en el coro de la revista *Todas las rubias me comprometen*, en el Gala, de Chicago.

—Cállate.

—¿Sabes una cosa? —Ladeó la cabeza, pellizcándose el mentón—. Me gustas más ahora, de morena... Sí, el cabello negro te favorece. Pero tampoco estabas mal de rubia... No, señor, nada mal.

—No quiero seguir escuchándote —exclamó ella, y apretó los dientes, rabiosa.

—Pobre Law... Le engañaste.

—¡No!

—Claro que le engañaste. —El proyectó el maxilar hacia delante—. Pero a mí no me podías engañar, ¿lo oyes? Conozco bien el género. Antes que te conociese yo había tenido que ver con muchas coristas como tú.

Nora inspiró profundamente.

—Lo abandoné todo por Law.

—Por treinta millones.

—Maldito...

—Sí, nena, seamos sinceros. No lo hiciste por él, sino por su dinero.

—¡Charles, sal de esta casa ahora mismo!

—No te pongas nerviosa, nena.

—¡Eres aborrecible!

—¿Vas a ser tan vulgar como los demás? Soy aborrecible porque me he dedicado a ir con unas mujeres y con otras. Muy bien, voy a admitir por un momento que ésa pueda ser una razón para que un hombre sea despreciable, pero ¿qué decir de una mujer que se casa con un hombre para atraparle su fortuna?

—¡Charles!

—Tu única idea fue ésa. Mi hermano significaba para ti la seguridad, el logro de todos los deseos... —Charles se puso en pie y avanzó sobre ella—. Yo hubiera podido destruir tu matrimonio, ¿lo oyes? ¡Pero no lo hice!

—¿Por qué no lo hiciste?

—Quizá también jugase mi egoísmo. Pensé que un día podría sacar provecho de ello.

—Chantajista.

—Llámallo como quieras. Somos tal para cual.

—Pareces olvidar una cosa.

—¿El qué, Nora? ¿Qué es lo que olvido?

—Ya no puedes hacer nada. —Ella arrojó la fotografía al suelo

—. Tu hermano está muerto.

El sacudió la cabeza.

—Debes ser comprensiva, Nora. Hay favores que se pagan en el instante y otros cuyo ajuste se demora en vista de las circunstancias. Pude pasarte mi factura antes de que te casases con mi hermano. ¿Me habrías negado entonces un millón de dólares si lo hubieses tenido a mano?

Ella le miró, sin contestar.

Charles volvió a sonreír.

—¿Verdad que no? Me habrías dado ese millón o quizá más.

—Es posible.

—Magnífico.

—Pero ahora no te daré nada.

—Nora...

—¡No te daré nada!

Los músculos faciales de Charles se atirantaron.

—No sabes lo que te conviene.

Nora le observaba con fijeza.

«No, no puede ser él. Si estuviese dispuesto a matarme, ¿por qué habría venido a pedirme el dinero? Pero mi muerte le reportaría cinco millones».

Charles tomó la fotografía del suelo.

—Sí, Nora, eras muy bonita, aunque ahora lo eres mucho más.

—Quiero pedirte un favor, Charles.

El alzó los ojos enarcando las cejas interrogativamente.

—No vuelvas por esta casa, Charles.

—¿Me echas?

—Sí.

—¿Puedo decirte que tu actitud es absurda?

—Sé lo que hago.

—No, no lo sabes. Todavía puedo hacerte daño.

—¿Cómo? —dijo ella, levantando la barbilla.

—Hay diarios a los que gustaría publicar esta fotografía. Ya sabes cómo es la Prensa amarilla. Pagan bien las noticias

escandalosas.

—Nunca te darán por esa fotografía el dinero que necesitas para tu negocio.

—No, eso es cierto. Pero al menos tendré la satisfacción de hacerte pasar un mal rato.

—Eso no tiene importancia. Hasta es posible que me guste ahora se sepa Jo que yo era antes.

—¡Oh, sí! Debes estar orgullosa. De modesta bailarina de un teatro de tercera fila a millonaria.

—No es mal titular. Véndelo también. Quizá te paguen un poco más.

—Te has vuelto muy irónica. ¿Y si no me conformo con enviar la foto? Es posible que te haga lamentar ese flamante matrimonio que hiciste con mi hermano.

—¿Tú? ¿De qué forma?

—No me gustaría llegar a ello, Nora.

—Te pones muy truculento. Acaba de una vez, dilo.

—Dame ese dinero, Nora. Dámelo. Para ti significa bien poco.

—¡No te lo daré!

—Lo quieres todo para ti.

Ella apretó el puño derecho.

—Lo gané yo. Es mío.

—Ahora lo acabas de decir. Lo ganaste. ¿No es eso?

—¡Sí! ¡Lo gané!

—Está bien, Nora. Te lo diré. —Hizo una pausa—: Investigaré la muerte de mi hermano.

CAPÍTULO V

—¿Qué dices?

—Quiero saber cómo murió Law. ¿Te gusta así?

Ella entornó los ojos.

—¿Qué es lo que supones?

—Todo lo relacionado con la desaparición de Law me parece muy extraño.

—¿Crees que yo...? —Nora se interrumpió lanzando una carcajada. Avanzó hacia el tocador y dio media vuelta apoyando las manos en el tocador. Continuó riendo—. Eso es muy gracioso, Charles, muy gracioso. Piensas que yo tuve que ver con eso.

—¿Por qué no? La muerte de mi hermano te convertía en una mujer millonaria... y libre.

Ella se volvió bruscamente. Ya no reía.

—Estás loco.

—No, pequeña. No lo estoy.

—Tu hermano desapareció en Nueva Guinea. Fue muerto allí.

—¿Quién lo dice?

—No intervine para nada en la investigación que se llevó a cabo. Fue cosa de Richard Kingston y de las autoridades de Nueva Guinea.

—Richard Kingston... Sí, gracias a él te convertiste en una viuda.

—No te comprendo. ¿Qué quiere decir gracias a él?

—Conoces la declaración de Kingston.

—Claro que la conozco.

—¿Qué es lo que dijo? Quiero que me lo repitas.

—Lawrence quiso visitar una tribu de caníbales a unas ochenta millas al oeste de la aldea donde se encontraba. Kingston debía ir

con él, pero cayó enfermo de fiebres. Kingston le pidió a Lawrence que suspendiese su plan, pero se acercaba la época de las lluvias y Law decidió ir solo con un guía y dos porteadores... No se supo nada de ellos a partir de entonces. Kingston, una semana más tarde, muy mejorado de su enfermedad, decidió ir en busca de Law. A unas cuarenta millas de su campamento encontraron al guía agonizante. Dijo que habían sido víctimas de una emboscada. Law y sus porteadores habían sido hechos prisioneros. Sólo él logró escapar, aunque con tan graves heridas que murió poco después. Kingston y los dos hombres que le acompañaban se dirigieron a la aldea. Se tuvieron que abrir paso a tiros, pero cuando llegaron ya era demasiado tarde.

La joven se interrumpió.

—Demasiado tarde —repitió Charles—. Kingston sólo encontró unos cuantos huesos humanos, alguna ropa y las botas de tu marido, de mi hermano.

—¿Es necesario que digas eso?

—No te hagas la mártir ahora. Tú nunca lo quisiste.

—¿Pretendes conocer mis sentimientos mejor que yo misma?

—Te advertí antes que a mí no me podías engañar. —Charles la tomó por la muñeca y dio un fuerte tirón de ella—. ¡Confiesa!

—¿Qué es lo que tengo que confesar?

—No creo una palabra de la declaración de Kingston.

—¿Qué?

—Tú y él os pusisteis de acuerdo.

—¿Para qué nos pusimos de acuerdo?

—Tú lo sabes.

—¿Qué monstruosidad estás pensando, Charles?

—¿Por qué no lo iba a matar él? ¿Por qué no? ¡Al infierno con su declaración! Kingston y mi hermano se hallaban a más de quinientas millas del puesto más cercano donde había hombres blancos.

—Había otras personas con ellos.

—Claro que sí, indígenas, tan salvajes como los propios caníbales a cuya aldea Law quería ir. Ni siquiera conocen nuestro idioma, sólo unas palabras, y, por añadidura, murieron los tres que acompañaron a Law a la aldea. ¿Quién no me dice que fue una confabulación? ¿Por qué Kingston no iba a matarlo si tuvo una

magnífica oportunidad para ello? Tú siempre has simpatizado con Kingston.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Puede que hasta fueseis amantes.

Ella le abofeteó en la cara.

Charles no se llegó a tambalear. La atrapó con más fuerza la otra mano.

—Maldita...

—Tú y tu sucio cerebro...

—Estás desempeñando un papel.

—¡Déjame!

—Me informé de ti. Antes de que fueses bailarina, trabajaste como actriz. Eras muy mala, pero es frecuente que una detestable actriz sepa hacer su mejor representación en la realidad de la vida.

—Quieres conseguir tu dinero a cualquier precio, ofendiéndome, inventando patrañas...

—Kingston ha prosperado mucho después de aquella expedición. No ha vuelto a tomar parte en otra. Lo vi el otro día. Me dijo que era dueño de una bolera y de un club nocturno. Nunca había tenido un centavo y, de pronto, se ha convertido en un rico propietario.

—Ya hace más de un año que ocurrió.

—Sí, entiendo quieres sugerir que a Kingston, después de aquello, le vino la buena racha.

—¿Por qué no?

—Has seguido viendo a Kingston.

—Era amigo de mi marido. También te he seguido viendo a ti porque eras su hermano.

—Le debes mucho a Kingston, si las cosas ocurrieron tal como yo pienso.

—¡Eres un miserable!

Le dio un empujón enviándola contra el tocador.

Ella estuvo a punto de perder el equilibrio. Una guedeja de cabello negro le resbaló sobre los ojos.

—¿Por qué no lo reconoces, nena? ¿Por qué no reconoces que he acertado?

—No admitiré tus calumnias.

—Muy bien. Lo averiguaré.

—¿Lo averiguarás?

—¿Te asusta oír eso?

—¿Piensas, acaso, que Kingston se va a retractar de lo que dijo entonces? ¿Imaginas que para darte gusto a ti va a confesar que mató a tu hermano?

—No; ya sé que no lo va a decir, pero tengo un medio para hacerle escupir la verdad.

Echó a andar hacia la puerta.

—¡Charles!

El se detuvo con la mano en el picaporte.

—¿Sí, nena?

—Estate quieto, no hagas nada.

—Necesito trescientos cincuenta mil.

—No te los daré.

—Muy bien, nena. Nos volveremos a ver.

Charles salió de la habitación.

Nora permaneció inmóvil un rato. No, Charles no podía ser el hombre que la había amenazado. Ella conocía muy bien la voz de Charles. Claro que se podía simular por teléfono. Se apretó las sienes. Estaba sumergida en un mar de dudas.

¿Por qué había vuelto? ¿Por qué no se quedó en París?

Pero podía marcharse al día siguiente.

Sí, eso era lo mejor: regresar a Francia. Ya había perdido todo su interés por París, pero quedaban Caniles y Niza.

De pronto, recordó el mensaje.

Lo había guardado en el bolsillo derecho del batín. Lo sacó de allí y sus ojos recorrieron de nuevo aquellas líneas.

«He podido matarla, pero me ha parecido demasiado pronto».

Demasiado pronto.

Bueno ¿por qué pensaba en eso ahora? Si no había sido Charles, tenía más motivos que nunca para creer que se trataba de un bromista. Ahora tenía que hacer algo más importante que preocuparse de una estúpida amenaza.

Marcó un número en el dial.

Oyó a la otra parte el zumbido de la señal, una, dos, tres veces. Al fin descolgaron.

—¿Sí? —dijo una voz femenina.

—Por favor, el señor Kingston.

—¿Quién lo llama?

—La señora Burgoyne.

—¡Oh! Sí, él me ha hablado algunas veces de usted.

Nora se sintió irritada. Le molestaba el tono que empleaba aquella mujer.

—Por favor, avise al señor Kingston.

—En seguida, rica. No se marche.

Oyó el ruido de un golpe y luego la mujer dio un chillido.

—Maldita sea, ¿por qué me pegas?

—Cierra la boca —oyó a Kingston, y tras una pausa, dijo—: ¿Qué tal, Nora?

—Buenas noches, Richard.

—Me habían dicho que estabas en Francia.

—Regresé justamente hoy.

—¿Hiciste buen viaje?

—Richard, quería hablarte.

—Magnífico, señora Burgoyne. ¿Quieres venir a mi apartamento?

—No, Richard. Prefiero que seas tú quien venga aquí.

—Lo siento, pero no puedo.

—Es muy importante, Richard.

—¿Por qué es importante?

Nora llevó aire a sus pulmones.

—Charles ha estado aquí... se fue hace un momento.

—¿Y qué?

—Cree que tú asesinaste a mi marido.

CAPÍTULO VI

—Ésa sí que es una sorpresa —comentó Kingston—. De acuerdo, Nora. Iré enseguida.

Nora colgó, y justo en ese momento volvió a sonar el timbre del teléfono.

Sintió una sacudida en la columna vertebral.

—¿Sí?

—Hola, Nora. Soy Cornell. ¿Qué te pasa?

—No te comprendo.

—Yvonne me llamó hace un momento. Dijo que te encontrabas muy nerviosa. Me preguntó si no sería conveniente que llamase al doctor Evans.

La joven apretó con más fuerza el auricular.

—Yvonne se preocupa demasiado por mí.

—Es una buena chica.

—Oye, Cornell, me encuentro perfectamente.

—¿Alguna novedad?

—¿Por qué preguntas eso?

—Yo también noto que estás un poco alterada con respecto a nuestra última conversación.

—Por favor, Cornell...

—Insisto en que será conveniente que te haga una visita el doctor Evans.

—No, Cornell.

—Ya he llamado al doctor. Tenía que atender un caso, pero me dijo que terminaría enseguida. Dentro de media hora vendrá a recogerme e inmediatamente los dos iremos a tu casa.

—Te tomas demasiadas molestias, Cornell.

—Tratándose de ti no es ninguna molestia. Hasta luego, Nora.

Nora colgó con rabia y salió, rápidamente de la habitación.

—¡Yvonne! —llamó.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

Bajó por la escalera central y vio que la criada estaba en el vestíbulo. La puerta estaba abierta. Yvonne hablaba con alguien. Alcanzó a oír las últimas palabras de la sirvienta.

—La señora Burgoyne no puede atenderla, es muy tarde.

—Es urgente. Debo hablar con ella.

Era una mujer.

—Le aseguro que no puedo anunciarla. La señora Burgoyne acaba de regresar de un viaje y se encuentra cansada.

—Yvonne —llamó Nora desde el primer rellano de la escalera.

La sirvienta volvió la cabeza con sobresalto.

—¿Quién es, Yvonne?

—Una joven. Dice que tiene urgente necesidad de verla. Ya le he dicho...

Pero en aquel momento la mujer que había en el porche entró en la casa.

Nora le concedió diecisiete o dieciocho años de edad. Sí, era una chiquilla, aunque muy bonita.

—¿Señora Burgoyne?

—Sí. —Se sintió observada por los ojos verdosos de la muchacha cuyo cabello era rubio. Había algo de insolente en aquel examen—. No he oído todavía su nombre.

—Suzy Donner.

—¿Qué es lo que desea, señorita Donner?

Suzy miró a Yvonne, y entonces Nora hizo una señal a la criada, la cual se dirigió hacia las habitaciones de la servidumbre.

Cuando el eco de los pasos de Yvonne se hubo perdido a lo lejos, Nora alzó la barbilla.

—¿Y bien?

—He venido a hablarle de Dick.

Nora levantó las cejas.

—¿Se refiere a Dick Burgoyne?

—Sí, a su hijastro.

—¿Qué tiene que ver con él, señorita Donner?

—Soy su prometida.

Nora sonrió mientras terminaba de bajar la escalera.

—Me deja usted asombrada, señorita Donner.

—¿Por qué?

—No puedo imaginar a Dick... con una prometida.

—¿Por qué? ¿No es un hombre como los demás?

—Imagino, señorita Donner, que no ha venido a mi casa para anunciarme simplemente su compromiso con Dick.

—Mis razones son más poderosas.

—¿Cuáles son?

—Dick necesita siete mil dólares.

—Parece que ha subido la cuota.

—Sé que la llamó por teléfono para rogarle que intercediese por él cerca del señor Francis.

—Sólo me pidió tres mil dólares.

—Dick no se atrevió a pedirle lo demás, señora Burgoyne. Había decidido pedir el resto a un amigo... —La joven bajó la mirada al suelo—, pero su amigo le ha fallado.

—¡Qué lástima!

—Usted o el señor Francis tienen que proporcionarle la totalidad del dinero.

Se produjo un silencio entre las dos mujeres.

—Señorita Donner, tengo la impresión de que pudo ahorrarse esta visita.

—¿Qué quiere decir?

—Dick no tendrá el dinero, y al decir que no lo tendrá, debo explicarle que tampoco recibirá los tres mil que yo había conseguido para él.

—¿Qué dice?

—Dick no recibirá un solo centavo hasta primeros de año, es decir, hasta que le corresponda legalmente.

—Usted no puede hacer eso.

—Señorita Donner, quiero velar por Dick.

—¿Velar por él? ¡Oh no! Usted no hace tal cosa. Le quiere hundir.

—Dick tiene sólo veinte años y no sabe lo que hace. Nunca lo ha sabido. Mi deber consiste en apartarle de las malas compañías.

—Al decir malas compañías, usted se refiere a mí.

—No he querido señalarla, señorita Donner. Si se da por aludida es cuenta suya.

Suzy respiró alteradamente.

—Dick se encuentra en un gran apuro.

—Conozco la clase de apuros en que anda metido siempre Dick. Desgraciadamente, nunca ha sabido darle valor al dinero. Está acostumbrado a gastar mucho más de lo que recibe y le aseguro que el numerario de que dispone sería suficiente para alimentar a una familia de ocho personas.

—No se trata de eso ahora, señora Burgoyne, sino de conseguir que Dick se encuentre a sí mismo.

—¿Espera que él lo logre pagando unas deudas que no ha debido contraer?

—Dick es el primero en comprender que su conducta anterior deja bastante que desear.

—Y apuesto a que lo ha comprendido después de conocerla a usted.

—Sí, señora Burgoyne. Es muy posible que haya ocurrido eso.

—En tal caso, debo felicitarla, señorita Donner.

—¿Le ayudará?

—Estoy segura de que usted, con sus magníficos consejos, podrá lograr que Dick salga de ese apuro en que se encuentra.

—¿Cómo puede decir eso?

—Buenas noches, señorita Donner.

Pero la joven, en lugar de marcharse, dio dos pasos hacia ella.

—Tiene que hacer algo por él, señora Burgoyne.

—He hecho mucho, y continuaré haciéndolo.

—Ahora es cuando la necesita.

—También le estoy ayudando ahora.

—¡Oh no! Usted no le está ayudando. No sabe siquiera lo que dice. Le explicaré de una vez por todas qué clase de lío es el de Dick.

—No hace falta que pierda más tiempo.

—Lo pierdo gustosa, señora Burgoyne. Dick contrajo una deuda de juego.

—¿Una deuda de juego de siete mil dólares?

—No fue a lo largo de una partida, sino de muchas.

—¡Cuánto lo siento!

—Es falso. No lo siente.

—Señorita Donner, no estoy dispuesta a tolerarle más impertir;

enciás.

—Han amenazado a Dick... ¿Lo comprende? Le han amenazado. Hasta podrían matarlo.

—No lo creo.

—Mc basta que usted no lo crea. Lo importante es que existe esa amenaza. Tiene que darle esos siete mil dólares. Hable con su abogado para que se los entregue.

—A Dick no le ocurrirá nada, señorita Donner. Esa gentuza con la que él acostumbra a tratar se limitará a atemorizarlo. Si es cierto que Dick les debe siete mil dólares, les interesa que siga vivo. Al fin y al cabo, si Dick no tiene ahora dinero, lo puede reunir el año próximo, si usted y él se sacrifican un poco.

—Es usted dura, señora Burgoyne.

—Simplemente juiciosa.

—No lo demuestra en este momento.

—Si Dick recibiese los siete mil dólares, continuaría pidiendo más. Es ya hora de que se conforme con el efectivo que percibe para todo el año.

—Muy bien, señora Burgoyne, Ya me voy. Sé que es difícil ablandar a las piedras, pero le voy a pedir un último favor.

—Ya le he dicho...

—No, señora Burgoyne, se equivoca. No le voy a suplicar otra vez que de el dinero a Dick. Sólo quiero pedirle no le diga a él que he estado aquí.

—Muy bien, no se preocupe —asintió Nora—. Es como si usted no hubiese pisado jamás esta casa.

—Ojalá no lo hubiese hecho.

Suzy dio media vuelta y caminó rápidamente hacia el vestíbulo.

—Señorita Donner...

Ella se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Es usted la hija del decano?

—Sí. Y por si le interesa conocer algo más, cuando Dick me llevó a Washington no pasó nada. Tal como él explicó, hicimos el viaje por pescar en el río.

—¿Tuvieron buena pesca, señorita Donner?

—Es usted muy sarcástica, señora Burgoyne... Buenas noches.

—Buenas noches —repitió Nora.

La muchacha rubia salió cerrando con un fuerte portazo.

CAPÍTULO VII

Richard Kingston se subió el nudo de la corbata, frente al espejo. Éste le devolvió la imagen de un hombre de unos cuarenta años de edad, cabello negro plateado por las sienes, nariz roma, mentón hendido por la mitad.

—Richard —dijo una voz a su espalda.

Volvió la cabeza y la miró. Ella se enfundaba la pierna derecha en una media.

—¿Sí, nena?

—No vayas.

—¿Por qué no?

—Quédate conmigo.

—Será cuestión de poco tiempo, Verónica.

—¿Qué tienes que ver con ella?

Richard volvió a mirarse en el espejo y sus labios sonrieron.

—¿Con la señora Burgoyne? Nada.

—¿Por qué lo dices de esa forma?

—¿De qué forma lo digo?

—Parece como si efectivamente hubiese algo.

Kingston la volvió a mirar. Había bajado el ruedo de la falda sobre los muslos.

—No hagas preguntas. ¿Quieres, Verónica?

En los ojos de ella brillaron los celos.

—¿No crees que tengo derecho a hacerlas?

—No hace falta que grites, nena. Me ponen nervioso los malos modales.

—Estás acostumbrado a tratar con la aristocracia..., como, por ejemplo, la señora Burgoyne.

—No vuelvas a nombrarla.

Ella se levantó de un salto.

—Quiero saber lo que hay entre tú y ella.

Kingston apretó los maxilares.

—Te contestaré de una vez por todas, Verónica. Entre la señora Burgoyne y yo sólo existe un pequeño acuerdo, pero no se trata de nada personal. Es cosa de negocios.

—¿Qué negocios?

—¿Qué te importa a ti?

Verónica era una mujer de veinticinco años de cabello rojizo, senos altos, bien formados. Sus labios, rojos y carnosos, sonrieron.

—Ya entiendo.

—Tú no entiendes nada.

—Te crees que soy tonta, ¿eh? Pues te equivocas. También sé sacar conclusiones.

—¿Qué conclusiones?

—Formaste parte de la expedición de su marido, y me estoy refiriendo al de la señora Burgoyne. Se llamaba Lawrence, ¿verdad?

—Sí.

—Fuiste con él a Nueva Guinea. El señor Burgoyne era un científico. Tú ibas con él como conocedor de la región.

—Muy bien. Lo estás acertando todo hasta ahora.

—Eras tan buen guía que él encontró la muerte.

Kingston la apuntó con el dedo.

—Oye, dulzura, te dije antes que callases. Ahora te lo diré de otra forma. Cierra el pico, ¿lo oyes?

—Antes quiero que me cuentes cómo murió el señor Burgoyne.

—¿Eh?

—¿Cómo murió?

—¿No lo leíste en los diarios? Dijiste que te habías informado de todo.

—Naturalmente que me informé. Cuando ocurrió, las primeras páginas de los periódicos traían la información con grandes titulares y con muchas fotografías. No estabas mal con tu traje de explorador, pantalones cortos... Fue la primera vez que te vi.

—Bueno, si lo recuerdas no hace falta que continúes.

—Es que ahora no creo nada.

—¿De veras?

—No creo una sola palabra de todo lo que se contó en la Prensa.

¿Lo entiendes, experto guía? No creo que Lawrence Burgoyne fuese atacado por los caníbales. No creo que fuese comido por ellos, ni tampoco creo que tú estuvieses muy lejos de Lawrence Burgoyne cuando a él le llegó su última hora.

Kingston la abofeteó con el dorso de la mano.

La joven se derrumbó en la cama lanzando un grito.

—¡Cobarde!

—Debería estrangularte.

—Anda, atrévete a tocarme. ¡Atrévete!

El dio un paso hacia ella, pero de pronto, la joven metió la mano debajo de la almohada y sacó una pistola.

Kingston se detuvo.

—Pon tus sucias manos sobre mí y te baleo.

—¿Qué infiernos te pasa? ¿Por qué has armado todo esto?

—Porque yo también quiero mi parte.

—¿Tu parte?

—Sí, no te hagas el tonto. Sabes a qué me refiero.

—No, nena. No lo sé.

—Estás en combinación con ella.

—¿Qué estupideces estás diciendo?

—Lo sé, Richard. No hace falta que disimules.

—¿Qué es lo que sabes?

—La nombras hasta en sueños. Tres o cuatro veces te he oído: Nora... Nora... —La pelirroja rió—. ¿No es ése el nombre de la señora Burgoyne?

—Sí, se llama Nora, pero te equivocas con respecto a tus conclusiones.

—No soy una chiquilla, Richard.

—Ya sé que no lo eres —rió él, conciliador.

—Tú estás preparando algo. Lo has estado preparando durante mucho tiempo.

—¿El qué?

—Un negocio. Un negocio en grande.

—¿También me lo has oído en sueños?

—No, eso no, pero la inteligencia me sirve para algo.

—Eres muy graciosa, Verónica. La inteligencia te sirve para algo, pero hasta ahora de nada te sirvió. ¿De dónde te saqué? De un lugar infecto de Chinatown. Es allí donde te había llevado tu gran

inteligencia, ¿eh, Verónica?

—Seremos dos en atrapar la bolsa.

El se miró las uñas.

—Quizá me interese, ¿sabes, Verónica? De todas formas, necesitaba una colaboradora. Tú puedes ocupar ese papel.

—Estoy de acuerdo, pero óyeme una casa... No me la juegues ¿eh, Richard? No me la juegues o te juro que te escarmentaré.

—¿Quién piensa en eso, nena? Te jugaré limpio.

Justo en ese momento, Kingston le soltó un patadón en la mano armada.

Acertó de pleno y la pistola se fue por el aire yendo a caer a la otra parte de la habitación.

Verónica saltó de la cama para ir por la pistola, pero Richard le interceptó el camino. Los dos se quedaron quietos mirándose, como dos fieras de la selva.

—Quítate de ahí, Richard.

—Anda, nena, explícame ese negocio que nos llevamos la señora Burgoyne y yo.

Le volvió a descargar la mano en la cara, pero esta vez lo hizo con el puño cerrado. Sonó un chasquido y la joven se derrumbó en el suelo.

—Habla, condenada. ¿Qué sabes?

—Nada, Richard —dijo ella, respirando entre jadeos, encogida junto a la pared.

Richard avanzó sobre ella.

—¡No me pegues, Richard!

—Te he preguntado qué es lo que sabes.

—Sólo he tratado de atemorizarte.

Kingston se agachó sobre ella, la tomó por el cuello y la abofeteó dos veces con la otra mano.

—Maldito... Sólo pegas a las mujeres.

—Debería arrancarte la piel, ¿lo oyes? Arrancártela a pedazos. He hecho mucho por ti te he dado de comer y también has bebido lo que se te antojó. Te he mantenido durante meses.

—Sabía que me lo echarías en cara.

—Ahora te vas a olvidar de mí y yo de ti. Ése va a ser el trato.

Los ojos de ella expresaron odio.

—Quieres arrojarne de tu lado.

—Sí, nena. Diste en la diana. Justo en el centro. Voy a prescindir de ti.

—Y lo haces por ella.

—Cuando vayas a nombrar a Nora Burgoyne enjuágate la boca. Pero te daré un consejo mejor. Olvídate de ella y de mí, ¿lo oyes?

Richard se echó a reír y dio media vuelta encaminándose hacia la puerta.

—¡Richard! Vuelve conmigo.

—No.

—¡No me dejes, Richard! ¡No me dejes!

El río otra vez.

—Debo admitir que pasé una buena temporada contigo. Sí, nena, conservaré un gran recuerdo de ti... Suerte.

Salió del apartamento y minutos después se introducía en un coche.

Corrió velozmente hacia el norte de Manhattan.

Mientras esperaba que cambiasen las luces de un semáforo, encendió un cigarrillo.

Movió el espejo retrovisor para verse reflejado en él.

Sonrió. Todo iba a salir bien, claro que sí. Realizaría el negocio de su vida, pero aquello no se debía al azar. Lo había hecho todo tal y como debía hacerse. Había sido como construir un edificio. Primero un ladrillo, luego otro. Sí, había tenido mucha paciencia, pero ahora estaba a punto de cosechar el fruto.

Estacionó el coche y quitó las llaves de contacto guardándolas en el bolsillo. Echó a andar. Hacía una noche muy oscura y había empezado a lloviznar. Era una lluvia menuda y fría, demasiado fría para aquella época del año.

Se subió el cuello del abrigo y echó a andar por la acera.

Sus pasos sonaban con un extraño eco.

A lo lejos, pitó una barcaza que remontaba el río.

—Por favor —dijo una voz.

Giró la cabeza sobresaltado, deteniéndose.

Vio una figura oscura allí, junto al muro.

—Por favor —repitió.

—¿Qué le pasa a usted? —dijo con acritud.

—No comí hoy, míster.

—¿Y por qué no trabaja?

—Me despidieron, míster.

—Siempre el mismo cuento —rezongó Kingston.

Apostó consigo mismo a que el tipo tendría el bolsillo lleno de billetes.

—Sólo un níquel, compañero.

—Eh, no soy compañero de usted.

—Perdone, míster.

Fue a pasar de largo, pero pensó que dar el níquel a aquel hombre le podía traer buena suerte. No era cosa suya. Lo había oído decir a un amigo diez años atrás. Recordaba sus palabras: «Cuando vayas a ventilar un negocio, regala un níquel a quien sea». Bueno, ¿por qué no seguía el consejo de aquel tipo?

Metió la mano en el bolsillo y sacó unas cuantas monedas de las que apartó el níquel.

—Ahí tiene, amigo.

—Gracias, míster.

—No hay de qué.

Kingston continuó su camino.

La casa de Nora Burgoyne estaba cerca. Sólo tenía que doblar por la esquina y seguir adelante unas cien yardas a lo largo de uno de los muros que rodeaban el jardín.

Arrojó la punta del cigarrillo al suelo.

Estaba llegando al portón que daba acceso a la casa cuando oyó un ruido a la otra parte del, muro. Acercóse y miró entre los barrotes. Todo estaba demasiado oscuro y no pudo ver nada. Bueno, debería ser un perro o un gato.

Acercóse al portón y lo vio entreabierto. Apoyó la mano y empujó; la puerta era pesada y se abrió lentamente.

Vio la casa al fondo. Sólo estaba iluminado el porche con una luz muy débil.

El paseo estaba lleno de hojas. ¿Por qué infiernos no lo habrían limpiado? Las sintió crujir bajo sus pies.

De repente, oyó otra vez el ruido.

Se detuvo y lo siguió oyendo. Era como si alguien caminase por un lado del paseo.

Volvió la cabeza bruscamente.

Tampoco vio a nadie y ahora todo había quedado en silencio.

Bueno, quizá había sido el eco de sus pasos.

Continuó el camino hacia la casa.

Pensó en Verónica. Sí, ella había sido una buena chica, pero él se sentía ambicioso. No, Verónica no era la mujer en quien él había soñado. Había apuntado más alto, mucho más alto. Allí, tras aquellos muros en el interior de aquella mansión, se encontraba la mujer que podía hacerlo feliz: Nora Burgoyne. Ése era su nombre, pero muy pronto se llamaría Nora Kingston. Así estaba mejor. Nora Kingston.

De pronto se detuvo mirando a los árboles que había junto al camino. Le pareció ver como dos ascuas sobre una mancha negra.

Eran dos ojos.

Y lo estaban mirando a él.

Tragó saliva.

No, él no llevaba ninguna pistola.

Pensó en la de Verónica. ¿Por qué no se la había llevado?

Bueno, ¿por qué sentía miedo ahora?

La figura borrosa podía ser el propio árbol, y en cuanto a los dos ojos, los de un animal. Sí, eso era, un búho. Era un búho subido a una rama baja.

Continuó andando, pero lo hizo más despacio.

Las dos ascuas de luz seguían inmóviles, completamente fijas.

Se detuvo otra vez a menos de dos yardas, teniendo la seguridad de que se había equivocado.

Era un hombre.

Un hombre muy alto, enorme, le pareció un gigante.

Dios mío, debía medir dos metros.

¿O sólo era una ilusión de su mente?

Quizá el terreno por allí estuviese un poco elevado, pero no podía ver su cara.

—¿Quién es usted? —dijo.

El otro continuó como estaba y no le contestó.

—Apártese —dijo Kingston.

Tampoco obtuvo respuesta.

—¿Quién es? —repitió con voz trémula.

—Le esperaba a usted, Kingston —oyó una voz ronca.

—¿A mí?

—Sí, Kingston. A usted.

—¿Cómo sabe mi nombre? No lo he visto en mi vida.

—Ni me verá Kingston.

—Yo... yo no le comprendo a usted.

—Venga aquí, Kingston. Acérquese. Quiero decirle algo.

—No quiero escucharle.

—Se lo diré al oído.

Estaba aterrorizado. Bueno, ¿por qué no daba la vuelta y echaba a correr? Eso es lo que tenía que hacer. Estaba solo. No importaba que pasase por un cobarde. Llamaría a Nora. La llamaría desde cualquier parte.

Dio media vuelta rápidamente y echó a correr con todas sus fuerzas.

Esperó oír los pasos del otro a sus espaldas, pero no oyó nada.

Estaba ya muy cerca del portón y se detuvo moviendo la cabeza. No, no le había seguido. Había corrido mucho. Siempre había sido ligero con las piernas.

—Hola, Kingston.

Se volvió sobrecogido y lo vio allí junto a la puerta, tan enorme y con sus ojos que parecían los de un extraño animal.

—No es necesario que corras, Kingston. No puedes librarte de mí.

—Pero ¿quién es usted? ¿Quién demonios es usted?

Richard saltó hacia la puerta disparando el brazo para golpear al hombre que se interpuso en su camino.

Una mano le aferró por la muñeca y tiró de él con terrible violencia.

Se derrumbó de bruces, pero tuvo fuerzas para revolverse y se dispuso a gritar. Entonces unos dedos como garfios lo atraparon por el cuello.

Desencajó los ojos, observando la cara del hombre que le atacaba y la vio oscura como una mancha de tinta. Sólo aquellos ojos parecían tener vida. Eran unos extraños ojos poseídos de un brillo maligno.

Los dedos, le siguieron apretando la garganta.

La última brizna de aire salió de sus pulmones.

Una nube se interpuso entre sus ojos y los del hombre que lo estaba estrangulando. Poco a poco se fue esfumando todo. Hasta que tuvo la impresión de que ponían sobre él un frío sudario.

CAPÍTULO VIII

Nora Burgoyne encendió otro cigarrillo, pero enseguida lo apagó. ¿Por qué no vendría Kingston?

Durante los últimos quince minutos había sentido el deseo de hacerle una llamada, pero siempre desistió.

Ahora marcó el número en el dial.

—¿Quién es? —habló una voz femenina desde la otra parte, una voz que parecía llena de ira.

—Soy la señora Burgoyne.

—Ah, es usted, debí suponerlo... —Otra vez el tono insolente.

—Por favor, avise al señor Kingston.

—Déjese de historias, señora Burgoyne. ¿Por qué no lo llama Richard? Entre ustedes hay confianza para eso, ¿verdad?

—Es urgente.

—Comprendo que lo sea. Se encuentra muy sola. Su marido murió, ¿no es así, señora Burgoyne? Está muy sola sin un hombre.

—Es usted una atrevida, señorita.

La mujer rió por el micro.

—¿La ofendo, señora Burgoyne?

—Quiero hablar inmediatamente con Richard.

—Inmediatamente —repitió ella—. Usted lo ordena. Todos somos sus criados. Usted dice una cosa y los demás han de obedecer. Ahora quiere hablar con Richard. —Hizo una pausa—. Pero escúcheme esto ahora, señora Burgoyne. No se saldrá con la suya, ni usted ni él.

—No la comprendo.

—Pues entiéndame porque parece muy lista. Al menos lo demostró en cierta ocasión.

—Me gustaría conocer su nombre.

—Se lo diré con mucho gusto: Verónica.

—¿Verónica, qué más?

—Verónica Smith... Ya lo ve, Smith. No es un apellido muy ilustre, ¿verdad? Vulgar, corriente... No es como el que usted puede exhibir al mundo... Burgoyne... La magnífica señora Burgoyne.

—Habla usted como si hubiese bebido en exceso.

—¿Por qué no lo dice con más claridad? Diga usted que parezco borracha... ¡Oh, perdone, señora Burgoyne! Usted es muy delicada, tan delicada que cuando le llegó la hora a su marido, decidió que tuviese una muerte muy especial.

—Señorita Smith, no sabe lo que dice.

—No lo sé, ¿eh? Les demostraré a los dos que están equivocados, señora Burgoyne: a usted, y a Richard. En cuanto a su orden, señora Burgoyne, no puedo complacerla. El señor Kingston salió. Fue hacia su casa.

—¿Cuánto tiempo hace que salió?

—Una media hora.

—Ya debería estar aquí.

—Está lloviendo, señora Burgoyne, y hace una noche muy oscura... Pero llegará, señora Burgoyne... Estoy segura de que llegará.

Nora no quiso oír más a aquella mujer y colgó.

¿Qué ocurría de pronto? Apenas hacía unas horas que había llegado a Nueva York y todo se le ponía en contra. Primero aquel mensaje amenazándola de muerte, luego el problema de Dick y el de Charles...

Abrió el pequeño mueble mar. Necesitaba un trago.

El *whisky* le abrasó la garganta, le quitó la respiración durante unos segundos. Luego bajó hasta su estómago y allí sobrevino otra explosión. El calor se fue transmitiendo por todo su cuerpo. Sí, era bueno tener aquel *whisky* para descongelarse.

Escanció otra porción y lo bebió de una sola vez.

De pronto, oyó el timbre lejano de la puerta.

Ya estaba allí Kingston.

Había dado orden a Yvonne de que lo condujese a la biblioteca. Se acercó al espejo y pasóse el peine por el cabello. Luego tomó el lápiz labial y se retocó los labios.

Aquel vestido de noche negro le sentaba muy bien. Lo había

comprado en París tres días antes. Estaba contenta con el vestido. Era el mejor de la media docena que había adquirido a uno de los modistos más afamados.

Eligió el callar de perlas. Mientras lo acariciaba con los dedos, recordó el momento en que Law se lo regaló antes de que emprendiese el viaje a Nueva Guinea.

¿Por qué había dicho aquello Verónica Smith? ¿Qué imaginaba ella?

Sintió otra vez frío y bebió otro trago de *whisky*.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Yvonne entró.

—Ha llegado el doctor Evans.

—¿El doctor Evans?

Nora miró con incredulidad a la criada, la cual le hizo un signo afirmativo.

—Está bien, Yvonne. Si mientras estoy con el doctor llegase el señor Kingston, pásalo al otro salón.

—Sí, señora Burgoyne.

Cuando Nora entró en la biblioteca el doctor Evans dejó de observar los libros de una de las estanterías.

No le gustaba el doctor Evans. Le resultaba repulsivo. Era un hombre alto, cara alargada, y ojos que defendía con lentes de alta graduación. Los ojos, a través de los cristales, parecían los de un monstruo. Eran grandes, y en el blanco se podían observar las venillas hinchadas.

—Buenas noches, señora Burgoyne.

—¿Qué tal, doctor Evans? —aceptó la mano que él le tendía.

Nunca le había gustado estrechar aquella mano siempre llena de sudor sea cual fuere la época del año.

El doctor Evans había sido un amigo de su marido.

En cierta ocasión ella había dicho a Law que el doctor no era de su gusto y que prefería a otro médico para que la atendiese a ella, pero Law se lo quitó de la cabeza.

—Creí que Cornell vendría con usted, doctor Evans.

—Cuando llegué a su despacho, él no estaba. Su secretaria me dijo que ya había salido.

—Pero él dijo que lo esperaría a usted allí.

—Sí, debe haber ocurrido algo.

Nora se mordió el labio inferior nerviosa. ¿Por qué Francis no había esperado al doctor? ¿Por qué no si se lo había dicho así?

El doctor Stephen Evans se volvió hacia la valija que había dejado sobre una mesa, mientras decía:

—Le haré un reconocimiento.

—No hace falta, doctor Evans.

El volvió la cabeza para mirarla.

—Cornell me dijo que estaba usted un poco alterada y que era conveniente que viniese aquí para examinarla.

Nora forzó una sonrisa.

—Ya le dije a Cornell que me encontraba bien... Francis se preocupa demasiado por mí.

—No le puedo censurar por ello. Creo que usted necesita que yo la reconozca, Nora.

—¿Por qué?

—Lo noto en sus ojos y también cuando le estreché la mano.

—¿Qué es lo que notó?

—Taquicardia. Su corazón va demasiado aprisa.

El doctor Evans se volvió hacia el maletín, del que extrajo un estetoscopio.

La joven fue a sentarse y él sacudió la cabeza.

—Prefiero que esté de pie.

—Muy bien.

El doctor inició su exploración.

De pronto, miró a los ojos.

—¿Cuál es la causa?

—¿Qué?

—El motivo de la alteración de su pulso.

La joven coloreó las mejillas.

—No existe motivo alguno.

Evans terminó su examen y guardó el estetoscopio en la valija.

—Será conveniente que pase mañana por mi consulta, Nora. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Le viene bien a las tres de la tarde?

—Iré a esa hora doctor —dijo Nora, pero estaba mintiendo porque no pensaba ir. Ahora sólo quería que el doctor Evans, se

marchase.

El médico sacó una cajita de la valija.

—Tómese ahora una pastilla y mañana otra antes del desayuno. No hace falta que las diluya. Las ingiere con un trago. Puede ser agua, leche o cualquier otra cosa, incluido el *whisky*.

—Gracias, doctor.

Evans cerró su valija y la tomó por el asa, encaminándose a la puerta.

—No hace falta que se moleste, Nora. Conozco el camino.

Evans se detuvo antes de llegar a la puerta.

—Ah, Nora, quería preguntarle algo acerca de Law.

Nora se quedó rígida. ¿Por qué todo el mundo aquella noche le traía el recuerdo de su marido muerto?

—¿De qué se trata, doctor?

—Law hizo un trabajo sobre ciertas enfermedades en Nueva Guinea. Fue durante su anterior expedición hace unos cuatro años. Tomó unos apuntes que me prometió entregar. Yo creí que me los había dado, y al necesitarlos hoy, los busqué en el archivo, pero no pude encontrarlos. ¿Sería demasiada molestia para usted que los buscase entre sus papeles? Es muy importante, Law hizo un trabajo meritorio. Estoy preparando un trabajo para la Asociación Médica acerca del tema, y los apuntes de Law me son muy precisos.

—No se preocupe, doctor. Los buscaré.

Sintió sobre sí la mirada de aquellos ojos monstruosos.

—Gracias, Nora —dijo.

El doctor salió definitivamente.

Cuando hubo oído que la puerta exterior se cerraba, ella salió también de la biblioteca.

Yvonne estaba cruzando el vestíbulo.

—Yvonne —la llamó—. ¿No vino el señor Kingston?

—No, señora.

—Muy bien, Yvonne, puedes acostarte.

—¿No va a cenar la señora?

—No siento apetito.

—Pero el señor Kingston...

—Si viene el señor Kingston, yo misma le abriré.

—Buenas noches, señora.

—Ah, Yvonne, quiero que olvide lo que ocurrió antes. Todos

tenéis razón, estaba un poco nerviosa.

Yvonne se alejó hacia el hueco del fondo, por donde desapareció.

Nora entró de nuevo en la biblioteca. Se acercó a una ventana y miró fuera, al jardín. Todo seguía muy oscuro. Lloviznaba.

¿Por qué Kingston se demoraba tanto?

Se acercó a la mesa y abrió un pequeño cofre del que extrajo un cigarrillo.

Trató de prender el encendedor, pero se había quedado sin gas.

Bueno, allí debía haber otros.

Abrió uno de los cajones. Vio las carpetas. Pertenecían a Law. Eran sus trabajos con respecto a las expediciones que había emprendido. A Law le había gustado conocer el mundo y sus gentes, pero sentía predilección por los lugares más ignorados. Ella no podía comprender eso. Prefería la civilización con sus gustos más exquisitos, sus placeres...

Recordó el encargo del doctor Evans. Probablemente aquellos apuntes respecto a las enfermedades de Nueva Guinea debían encontrarse allí mismo. Bueno, ¿qué más daba? Los buscaría ahora.

Dejó el cigarrillo sobre la mesa y sacó varias carpetas. Fue repasando sus títulos: «Fauna del Oeste de Nueva Guinea». «Mineralogía de Nueva Guinea».

De pronto vio ante ella algo brillante.

Era un anillo.

El doctor Evans le había dicho que padecía de taquicardia. Su corazón latía muy aprisa, pero ahora estaba segura de que en ningún momento de su vida había latido tan rápido como ahora. Aquel anillo había pertenecido a Law, a su marido. Era su anillo de casado.

Lo tomó con sus dedos y notó que temblaban.

¿Cómo era posible que el anillo de Law estuviese allí? Cuando Law encontró la muerte en aquella aldea de antropófagos, sólo se pudieron encontrar sus botas y alguna de sus ropas. Pero no había sido hallado ningún objeto de su pertenencia.

Cerró los ojos pidiendo al cielo que se equivocase.

Los abrió mientras acercaba el anillo a su cara.

Ya no tuvo duda. Era el anillo de matrimonio de Lawrence.

CAPÍTULO IX

Sintió deseos de gritar porque estaba aterrorizada, pero se apretó la garganta, y logró contenerse.

Arrojó lejos de sí el anillo que rodó por la mesa y quedó inmóvil junto al borde.

Luego Nora cerró de golpe el cajón y se puso a pasear por la estancia.

Debía de serenarse, controlar sus nervios, eso era lo que tenía que hacer.

De pronto, la luz de la casa se apagó.

Quedó inmóvil mirando a todas partes y viéndose rodeada por la oscuridad.

Se acercó a la ventana y miró por los cristales.

El silencio la envolvía. El silencio y las tinieblas.

Llovía muy poco y apenas hacía viento.

¿Por qué se había ido la luz?

Podía tratarse de una avería general. Debía ser eso. Tenía que serlo. Lo preguntaría.

Se movió hacia la mesa, en la oscuridad, y alargó las manos en busca del teléfono.

De pronto, se quedó sobrecogida porque había puesto la mano justo sobre el anillo de Lawrence. La encogió como si hubiese sentido un calambrazo.

Oyó un ruido a lo lejos. ¡Como si una puerta se cerrase!

Alguien había entrado en la casa.

Caminó hacia la pared y se quedó allí, cerca de la puerta.

Lo pudo oír claramente. Alguien se deslizaba hacia la biblioteca desde el vestíbulo.

Dios mío, no podía correr hacia el teléfono. Debía estarse quieta,

pero ¿quién era? ¿Quién?

El hombre que la iba a matar. El que le había mandado el mensaje... Ya se había decidido a hacerlo.

La puerta se abrió de golpe y Nora lanzó un grito porque no pudo contenerse más. Allí en el hueco había un hombre pero sólo podía ver sus ojos clavados en ella, unos ojos muy brillantes.

—¡No! —gritó Nora, y echó a correr.

Tropezó con un sillón y cayó al suelo.

Volvió la cabeza bruscamente. El hombre seguía allí. No había ido detrás de ella.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace ahí?

Justo en ese instante, la luz volvió a la casa.

Nora agrandó los ojos al ver a Dick Burgoyne, su hijastro, en el hueco de la puerta.

—¡Dick! —exclamó.

Dick Burgoyne entró en la estancia tambaleándose y se detuvo apoyando las espaldas en la pared. Su boca sonrió.

—¿Te he asustado?

Era un muchacho muy alto, fuerte, musculoso, rostro bien parecido, cabello rubio alborotado.

—Tu actitud es incalificable. ¿Cómo te has atrevido a entrar?

—¿Cómo? —Dick rió metiendo la mano en el bolsillo. Exhibió una llave en la palma—. ¿No lo recuerdas, Nora? También esta casa es la mía.

—Es curioso que digas eso, Dick. Deseé que permanecieses aquí, pero querías vivir tu vida, ser independiente, y por ello alquilaste aquel departamento.

—Pero no te devolví la llave —dijo Dick, arrojándola al aire y cazándola—. Siempre supuse que me haría falta.

—No te esperaba, Dick.

—¿No? —dijo él mirándola muy serio.

—Quedamos en que te haría una llamada mañana para informarte acerca de mi gestión con el señor Francis.

—Pudo más mi curiosidad. Además, supuse que esta noche no ibas a dormir.

Nora sintió otro estremecimiento. ¿Por qué decía aquello? ¿Por qué se imaginaba él que ella no iba a dormir aquella noche?

—¿Qué quieres decir, Dick?

—Me refiero a tu conciencia.

—¿Mi conciencia?

Dick dio unos pasos y entró en la estancia. De pronto, se detuvo mirando lo que había sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Nora vio que Dick estaba observando el anillo.

El muchacho continuó andando hacia la mesa.

Nora echó a correr y se apoderó del anillo.

—Dame eso —dijo Dick, alargando la mano.

—No.

—¡Dámelo! Quiero verlo.

—¡Es mío, me pertenece!

—¿Por qué tienes tanto interés en que no lo vea, Nora?

—Dick estás borracho. ¡Márchate!

—Sí, estoy borracho. ¿Y sabes por qué? He bebido un vaso y otro.

—¿Trajiste tu coche?

—Sí, lo dejé fuera, junto al río.

—Vete andando. No debes conducir en ese estado.

Dick rió.

—Te preocupas mucho por mí. Después de todo, es lógico, ¿verdad, Nora? Eres mi madre. ¡Oh, perdón! Ya sé que te resulta desagradable que te llame así. Me lo hiciste recordar esta misma noche.

—Por favor, Dick, no me encuentro muy bien.

—¡Oh! ¿No te encuentras bien? Entonces llamaremos al doctor.

—Ya vino.

—¿Quién? ¿El doctor Evans?

—Sí, el doctor Evans.

—¿Y qué dijo que tienes?

—Sólo estoy un poco nerviosa. —Forzó una sonrisa—. Quizá sea debido a mi llegada. La verdad es que tenía ganas de estar en Nueva York.

Dick saltó sobre ella y la tomó por la mano con que ella apretaba al anillo.

—¡Dick!

—Abre la mano. ¡Abrela te digo!

Le retorció la muñeca.

—Me estás haciendo daño, Dick.

—Suéltalo o te quebraré un hueso.

Nora se inclinó sobre la mesa dejando escapar un gemido por entre los labios.

Finalmente no pudo resistirlo más y abrió la mano. El anillo cayó en la alfombra.

Entonces Dick dio un empujón a Nora, arrojándola sobre el sillón cercano. Agachóse y tomó el anillo.

—Lo que me figuraba —dijo.

—¿Que es lo que te figurabas?

—Es de mi padre —levantó el anillo—. Lo reconozco bien. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Lo encontré hace un momento.

—¿Dónde?

—En el cajón de su escritorio.

—¿Esperas que crea eso?

—¡Te digo que lo encontré ahí! Estaba buscando una carpeta, y al levantar una de ellas, vi el anillo en el fondo.

—¡Embustera!

—¿Qué dices, Dick?

—Estás mintiendo. Quiero saber por qué este anillo está aquí, ¿lo oyes? —Hizo rechinar los dientes.

Nora se apretó la muñeca que él le había retorcido.

—Te he dicho la verdad, Dick.

—Tu verdad particular. Tú, estás llena de verdades, pero todas son personalísimas. Has engañado a Suzy, ¿y cómo? Echando mano a otra verdad.

—Conque has hablado con ella.

—Sí, hablé con ella.

—Me prometió que no te diría nada.

—Y cumplió su palabra hasta que le fue imposible, porque la obligué a contármelo.

—Muy bien, si están así las cosas, no tengo necesidad de darte explicaciones.

—Te interesas mucho por mí, ¿eh, Nora? Siempre te has interesado, es lo que dijiste. Yo y mis malas compañías. No debo gastar más de lo que recibo. Quieres protegerme, es tu deber.

—Sí, Dick. He de protegerte.

—¡Y un cuerno!

—Sigues hablando como un borracho.

—Perdone, señora Burgoyne. Tiene razón. El *whisky* me hace ser grosero, pero también me ayuda a despojarme de mi educación para acusarte.

—¿De qué me tienes que acusar, Dick?

—Eres una mujer ambiciosa. Siempre lo fuiste. Antes de tener nada y después de tenerlo todo... Por eso te casaste con mi padre. Querías poseer treinta millones de dólares.

—Tú y Charles estáis de acuerdo.

—No veo a Charles desde hace mucho tiempo. Es difícil que nos hayamos puesto de acuerdo.

—Ni a ti ni a él os daré un centavo más de lo que os pertenezca.

—Estás cometiendo un error, aunque quizá lo cometiste cuando te casaste con un hombre al que no amabas. Mi padre fue un ingenuo, un completo ingenuo al no darse cuenta de la clase de mujer que eras.

—¿Cómo puedes hablar así de tu padre que está muerto?

—¿Muerto? —Dick se interrumpió y abrió la palma de la mano donde tenía el anillo—. ¿Cómo sabes tú que está muerto?

Nora sintió que la sangre se le helaba en las venas. —Está muerto— repitió.

—¿Y este anillo? Si lo está, ¿cómo este anillo ha venido a parar aquí?

CAPÍTULO X

Nora guardó silencio.

—¿Por qué no contestas, Nora? —dijo Dick.

—No sé nada.

Estaba aturdida. Lo estaba más que en ningún otro momento desde que llegó a la casa procedente del aeropuerto. La atmósfera se le hacía irrespirable.

Dick se echó a reír. Estaba mirando la parte interior del anillo.

—Nora, puedes estar tranquila. Este anillo no pertenece al matrimonio de mi padre contigo.

—¿Qué?

—¿No te fijaste en la fecha que hay grabada dentro? Corresponde al primer matrimonio.

Nora se sintió desfallecer.

—Dick, por favor, quiero beber un trago de *whisky*.

Dick guardó el anillo en el bolsillo de su chaqueta.

Escanció *whisky* en un vaso y se acercó a la joven que había ocupado un sillón.

Nora bebió un largo trago y quedóse mirando a Dick.

—Gracias.

—¿Qué te pasa, Nora? ¿Por qué has sentido tanto miedo?

—¿Yo?

—Sí, te he estado observando. Cuando he hablado de la posibilidad de que mi padre estuviese vivo, te has puesto pálida como una muerta.

—¿No es una reacción lógica? Para todo el mundo tu padre murió. Para mí también. Existió una declaración oficial a ese respecto.

—Sí, una declaración oficial basada en el relato de Richard

Kingston, un condenado aventurero.

—Las autoridades no tuvieron duda de que Kingston decía la verdad. Fueron interrogados los porteadores.

—Unos salvajes.

—Conocían nuestro idioma.

—Sólo unas cuantas palabras. Me he preguntado a veces... — Dick se interrumpió—. ¿Y si estuviese vivo? Ésa ha sido la pregunta. Pero yo mismo he comprendido que era una tontería. ¿Otro trago?

—No.

—Muy bien. Beberé yo.

—¿No has bebido ya demasiado, Dick?

Dick no le hizo caso y se escanció en un vaso.

—¿Me vas a dar el dinero, Nora?

—No.

—Suzy te calibró bien.

—¿Qué es lo que dijo Suzy?

—Que eras incommovible como una roca.

—Tu chica es muy lista. Me causó buena impresión.

—Gracias.

—Muy mona, muy distinguida, y, sobre todo, sabe lo que se hace.

—¿Qué intentas sugerir, serpiente de cascabel?

Ella rió.

—Se supone que algún día tendrás veinticinco millones de dólares.

—Sí, y tú piensas ahora que Suzy ha visto eso en mí, la posibilidad de ser dueña de esa fortuna. Piensas que todas son como tú.

Noraladeó la cabeza y dijo, con aire divertido:

—Demuéstrame que me equivoco, Dick.

—No puedo demostrártelo. Pero yo sé que el amor que Suzy siente por mí es sincero.

—Julieta se muere por su Romeo.

—No utilices ese tono. Te gusta hacer daño, ¿verdad, Nora? No puedes ver a nadie feliz a tu alrededor.

Utilizas el dinero que dejó mi padre como si fuese realmente tuyo. No tienes en cuenta que de esa suma sólo tienes derecho a quinientos mil dólares. —Dick entornó los ojos—. O quizá sea otra

cosa, claro que sí. ¿Cómo he sido tan ciego?

—¿A qué te refieres?

—Nos odias a Charles y a mí porque piensas que, en cierto modo, te vamos a arrebatar lo que consideras tuyo. Cuando yo sea mayor de edad el año próximo, se escaparán de tus garras veinticinco millones... Mi herencia.

Dick rompió a reír a carcajadas.

—Estúpido —exclamó.

—Es eso, Nora. Estás llena de ponzoña porque una parte de esa fortuna se te escapará de entre los dedos como si fuese agua. Quieres atraparla, pero no puedes. No está a tu alcance. Es lo que te quita el sueño.

—Antes has de cumplir los veintiún años. Lo acabas de decir.

—¿Y qué?

—¿Estás muy seguro de que llegarás a ser mayor de edad?

—¿Por qué no?

—Suzy me ha dicho que te han amenazado de muerte.

—Es verdad.

—¿Qué pasaría si te matasen?

—Los veinticinco millones serían para ti.

—¿Sabes una cosa? Le he estado preguntando al abogado esta noche acerca del testamento de tu padre. Pero eso no se lo pregunté porque lo sabía. Se me quedó bien grabado. Si tú mueres, los veinticinco millones serán para mí.

Dick la miró sin dejar de sonreír.

—Apuesto a que has deseado muchas veces mi muerte.

—Sí, Dick. La he deseado.

—Para que fueses dueña de los veinticinco millones.

—Márchate. No quiero seguir hablando contigo.

—¿Por qué no prolongar un poco más nuestra conversación? Ha llegado el momento de las confidencias.

—No tengo que decirte nada. Ya está todo al descubierto. Lo que yo deseo y lo que tú deseas.

Dick dio unos pasos por la estancia con el vaso en la mano. Acercóse a la ventana.

—Sin embargo, no me has hablado de Kingston.

—¿Qué?

—Richard Kingston, el aventurero.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Existe algo entre tú y él?

Nora se levantó de un salto del sillón.

—Eso es una suciedad.

—Perdone, señora Burgoyne, quizá me equivoque yo también en mis apreciaciones.

—Todos estáis contra mí, pero no lo conseguiréis.

—¿Qué es lo que deseamos conseguir?

—Alguien me quiere matar.

—¿Quién?

—Alguien que me ha amenazado. Puedes ser tú o Charles. Según el testamento, si yo muero antes que vosotros, tú heredarás veinticinco millones y para Charles habrá otros cinco.

—De modo que soy un sospechoso.

—Has pagado a un hombre para que me mate.

—¿Yo? —El joven rió—. No, Nora. Sería incapaz de hacer tal cosa.

—No te creo.

—No me creas. Estás en tu perfecto derecho. —Dick dejó su vaso en la bandeja—. Ya acabé mi visita.

—No vuelvas.

—Está bien, Nora. Trataré de solucionar mi problema sin tu ayuda. Debí aceptar el consejo de Suzy. Me dijo que no viniese aquí, que sólo iba a conseguir que te burlases, que yo iba a pasar un mal rato. Sólo se equivocó en eso: en que no ha sido malo.

Caminó hacia la puerta con paso inseguro.

—Dick —oyó que le llamaba.

Se volvió apoyando la mano en el picaporte.

—¿Sí, Nora?

—Deja la llave de esta casa. Ya no te hace falta.

—Sigue siendo mía, Nora. Permíteme que no te la dé. Hasta la vista.

Dick salió de la biblioteca y caminó hacia el vestíbulo.

Fuera de la casa sintió el aire fresco de la noche y respiró profundamente. Todavía seguía lloviznando y se subió el cuello de la gabardina.

El jardín estaba muy oscuro.

Caminó por el camino cubierto de hojas secas hacia el portón.

De pronto, creyó ver algo que se movía a la derecha y se detuvo mirando por entre los árboles.

—¡Eh! —dijo—. ¿Quién anda ahí?

Sólo oyó el ruido de la lluvia cayendo sobre las hojas.

Bueno, había sido cosa de su mente. ¿Cómo podía haber alguien allí, a la intemperie?

Poco después, salía por el portón.

Se metió en el coche que había estacionado junto al bordillo de la acera y se puso en camino hacia el bar donde había dejado a Suzy.

La muchacha estaba sentada en una mesa del fondo y lo miró atentamente mientras se acercaba.

—¿Qué ha pasado, Dick?

Se dejó caer en una silla, dando un resoplido.

—Nada, no ha pasado nada.

—No ha consentido darte el dinero.

Dick tomó el vaso de *whisky*, pero ella le puso la mano sobre la muñeca.

—Por favor, Dick, no bebas más.

—Está bien.

—¿Qué vas a hacer ahora? Ese *gángster* te advirtió que no te concedería un nuevo aplazamiento.

—Me dijo que lo llamase a esta hora. —Consultó el reloj—. Ya pasan cinco minutos.

—Te acompaño.

—No, quiero estar solo.

Dick se levantó de la mesa y entró en la cabina telefónica.

Vio a través de los cristales a Suzy que lo estaba mirando, y entonces se volvió de espaldas. Permaneció pensativo unos instantes, y, por último, marcó un número.

—¿Quién llama? —preguntó una voz masculina desde el otro extremo del cable.

—¿Luke Sheridan?

—He preguntado quién llama.

—Dígale que es Dick Burgoyne.

—Ah, sí, señor Burgoyne. —El hombre se mostró de pronto más cordial—. Ahora mismo le paso la comunicación.

Sólo tuvo que esperar un minuto, y enseguida oyó a Sheridan.

—Dick, muchacho, qué alegría oírte.

—Déjese de hipocresías, Luke.

—¡Eh, chico! ¿Qué te pasa? ¿Es que ya no eres amigo del bueno de Luke?

—No conseguí los siete mil dólares.

—Bueno. ¿Y qué más da?

—¿Eh?

—No hay tanta prisa, muchacho. Ya los tendrás.

Dick no quiso dar crédito a lo que oía. Luke Sheridan le había apretado las clavijas, diciéndole que un par de muchachos se encargarían de él y que podía terminar con una piedra al cuello en lo más profundo del río si no le pagaba aquella noche los siete mil dólares. Y eso había sido aquella misma mañana, cuando Luke Sheridan se presentó en su apartamento acompañado de dos esbirros.

—¿Es usted Sheridan, Luke Sheridan?

—Claro que sí muchacho. ¿Es que no reconoces mi voz?

Dick se pasó una mano por la cara. ¿Estaba tan borracho que toda aquella historia la estaba inventando su cerebro?

—¿Estás ahí, Dick?

—No me he ido.

—Bueno, no tienes que preocuparte por los siete mil dólares, chico, ¿lo oyes? La vida es de color de rosa. Ya habrá tiempo para que me pagues.

Luke colgó y Dick quedó un rato quieto con el receptor en la mano.

Era Luke Sheridan el que había hablado. Ahora estaba seguro. Y el *gángster*, dueño del garito en donde había perdido aquella suma, le decía que no debía preocuparse ahora y que le pagaría en otra ocasión.

¿Qué era lo que ocurría? No comprendía una sola palabra.

Al fin salió de la cabina y echó a andar como un sonámbulo hacia la mesa de Suzy.

—¿Qué te ocurre, Dick?

El rió nervioso, dejándose caer otra vez en la silla.

Suzy le puso una mano en el hombro.

—Iremos a la policía, Dick.

—No hace falta que molestemos a nadie.

—¿Qué quieres decir?

—Luke Sheridan ha cambiado.

—¡Oh, Dick! —empezó a sonreír ella—. Te ha concedido el aplazamiento.

—Ni siquiera eso. No me dio tiempo para que se lo pidiese. Fue efectivamente un aplazamiento, pero no me dio fecha.

Le repitió las palabras de Luke y la joven se inclinó sobre él y tomándole la cara lo besó en la boca.

—¡Oh, Dick, qué feliz soy!

De pronto, él se quedó serio.

—Suzy...

—¿Qué?

—Aquí pasa algo. Sí, tengo el presentimiento de que ocurre algo muy extraño.

—Existe una fácil explicación.

—¿Tú crees?

—Sheridan ha visto la posibilidad de que lo denunciases a la policía.

—No, esa clase de tipos no se arredran ante semejante posibilidad. Si ellos tuviesen que estar pendientes de las denuncias a la policía, tendrían que retirarse del negocio. No, Suzy. —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. No se trata de eso. Mi deuda ahora no tiene nada que ver.

—¿El qué, Dick?

—No lo sé.

Se hizo un silencio entre los dos jóvenes. Dick metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo que había quitado a Nora.

—¿Qué es eso, Dick?

Dick se lo mostró.

—Pertenece a mi padre. Según Nora, lo encontró esta noche casualmente en el cajón de su escritorio. Observa la fecha.

—21 de mayo de 1959. ¿No es la fecha en que se casó tu padre con Nora?

—Sí.

—Pero tú dijiste que de tu padre no se había conservado nada, a excepción de alguna de sus ropas.

—Sí, y es verdad. ¿Lo comprendes, Suzy? Es absurdo, ¿verdad? No se consiguió salvar nada. Sin embargo, su anillo de matrimonio

estaba en poder de la mujer que ahora es su viuda.

CAPÍTULO XI

El timbre del teléfono se puso a repiquetear.

Nora se acercó a la mesa. Titubeó unos instantes antes de alcanzar el receptor.

—¿Sí?

—Hola, Nora. Soy Francis.

La joven dio un suspiro de alivio.

—Cornell, ¿cómo no has venido acompañando al doctor Evans?

—¿No te llamó mi secretaria?

—No.

—Esa chica está demasiado distraída estos últimos días. Tuvo una riña con su prometido. Me llamaron urgentemente para evacuar una consulta jurídica.

—¿Dónde estás, Cornell?

—Muy cerca de tu casa.

—¿Por qué no vienes?

—Pensé que estarías ya durmiendo.

—No. Esta noche padezco de insomnio.

—¿Qué te dijo el doctor Evans?

—Me recetó unas pastillas. Tengo que ir mañana a su consulta. Por favor, Cornell, ¿puedes venir?

—Desde luego, Nora. Tomaré un taxi y no tardaré ni diez minutos.

—Gracias, Cornell.

Ella colgó.

Vio el cigarrillo que había dejado sobre la mesa y lo tomó mecánicamente.

No, en el primer cajón no había ningún encendedor, pero quizá estaría en el segundo.

Recordó el anillo. ¿Por qué no miró la fecha por la parte de dentro? Se habría ahorrado un sobresalto.

Pero Dick le había dicho que el anillo de Law pertenecía a su primer matrimonio.

Estaba alargando la mano hacia el cajón, pero de pronto se detuvo.

¿Qué seguridad tenía ella de que Dick le había dicho la verdad? ¿Por qué se había guardado el anillo y no se lo entregó para que ella viese la fecha?

¡Oh! Era estúpido pensar en tales cosas. ¿Es que iba a sospechar ahora de todo?

Tiró del cajón. Contenía más carpetas pertenecientes a su marido. Sí, allí a la derecha había varios encendedores.

Prendió el cigarrillo y expulsó el humo por los agujeros de la nariz.

Otra vez el teléfono se puso a sonar.

Decidió no contestar a la llamada. Podía ser aquel hombre, o quizá Dick. Pero ¿y si era Cornell Francis para decirle que había surgido otro contratiempo y que no podía ir a su casa?

—¿Nora?

—Sí, yo soy, Charles. ¿Qué quieres ahora?

—No hace falta que te preocupes. No necesito el dinero.

—¿Lo encontraste ya?

—Desistí de hacer el negocio. Quizá he dicho algunas cosas inconvenientes.

—Me conmueve tu galantería.

Charles rió por el cable.

—Tú sabes que yo soy todo un caballero.

—Está bien, Charles. Es preferible que las cosas queden así.

¿Amigos?

—Toda la vida... Adiós, Nora.

—Ese adiós suena muy fúnebre —dijo ella.

—No le di ningún tono especial.

—Charles, quiero hacerte una pregunta.

—¿De qué se trata?

—¿Me enviaste tú la carta?

—¿Qué carta?

—Has dicho que somos amigos. Me amenazaste de muerte para

asustarme, quizá para conseguir que yo te diese el dinero.

—No.

—Esperaste que yo pidiese tu protección. Era lógico que en la primera persona que pensase fuese en ti, en mi cuñado.

—Querida, no sé de qué me estás hablando. ¿Qué carta es ésa?

—Me dicen que me matarán. Naturalmente, se trata de un anónimo.

—¿Has avisado a la policía?

—No.

—¿Por qué no?

—Al principio pensé que se trataba de una broma estúpida. Además de la carta hubo unas llamadas telefónicas.

—¿Sabes que me intranquilizas, Nora?

—Bueno, olvídalo.

—¿Quieres que vaya a tu casa a pasar la noche?

—No, gracias. No es necesario que te molestes.

—Sabes que por ti estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio.

—Sabré arreglármelas sola. Además, insisto en que fue un bromista.

—Como quieras, Nora.

Ella colgó sin esperar a que él lo hiciese y quedóse pensativa.

No, no podía creer a Charles. ¿Por qué de pronto iba a desistir de lo que le había dicho? Le había mostrado la fotografía que se refería a su pasado y había tratado por todos los medios de sacarle los trescientos cincuenta mil dólares. ¿Por qué ahora Charles se volvía atrás y hasta se lo anunciaba por teléfono?

Sonó el timbre de la puerta interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

Salió de la biblioteca y encaminóse al vestíbulo.

Abrió la puerta, y Cornell Francis entró en la estancia quitándose el sombrero del que sacudió unas gotas de lluvia.

—Hola, Nora.

Ella le ofreció la mejilla y él la besó suavemente.

—Siento haberte hecho venir con esta noche tan intempestiva.

Cornell se despojó del abrigo, dejándolo en una silla.

Cornell Francis estaba por los cuarenta y cinco años de edad y era de talla superior a la normal, fornido, ojos de un color verdoso, nariz aguileña. Su cabello era gris, lo mismo que el bigote.

—¿Un *whisky*?

—Me vendrá bien.

Entraron en la biblioteca y Nora preparó los vasos.

—Estás más hermosa que nunca, Nora.

—Gracias.

—Porque sigas siempre así —brindó él.

Bebieron un pequeño trago, y luego ella dijo:

—Cornell, no quiero que le entregues un solo dólar a Dick.

—Ya —dijo Cornell, chasqueando la lengua—. Por lo que veo, has cambiado de opinión.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Dick no debe tres, sino siete mil dólares. El resto lo iba a pedir a un amigo.

—¿Y de qué debe Dick siete mil dólares?

—El juego.

—Está bien, Nora. Dick no tendrá un dólar hasta el nuevo año.

El abogado dio unos pasos por la estancia.

—¿Puedo serte sincero?

—Desde luego.

—Cásate, conmigo.

—Francis, por favor.

—Sabes que te quiero.

—Sí, lo sé, pero siempre he procurado quitarte toda esperanza.

—¿Por qué? ¿Es que no crees que soy bastante para ti?

—No se trata de eso, Francis. Si alguna vez me caso, quiero hacerlo por amor.

—¿Quién es él?

—No hay ningún hombre en mi vida desde que Law murió.

—¿Quieres guardarle el luto, verdad?

—Sí.

—Hoy me contaron varios chistes, pero ése es el mejor de todos.

—Por favor, Cornell, te he pedido que vinieses para que me hicieses compañía, no para que también me atormentes. Es demasiado para una sola noche.

El dejó el vaso en la bandeja y caminó hacia ella.

—He invertido mucho dinero en ti.

—¿Qué dices, Cornell?

—Pagué a una agencia de detectives privados para que me contasen todo lo que hicieses en Francia.

—¡Cornell!

—Sí, estaba celoso. Cuando te marchaste pensé que ibas en busca de un hombre. No de un hombre determinado, sino de un tipo que fuese de tu gusto. No me equivoqué. Conozco todos tus pasos.

—Ignoraba que fueses tan ruin, Cornell.

—En Roma fue un tal Sergio... En Venecia un jugador profesional, un tipo fichado por la policía de seis países... En París un *gigoló*...

—Eres un monstruo.

—Soy un monstruo porque te quiero para mí. No puedes imaginar el infierno que he pasado durante el tiempo que has estado fuera, Nora.

—No tenías ningún derecho a espiarme.

—Claro que lo tenía. Me enamoré de ti en el momento de conocerte, aquella tarde que nos presentó Lawrence.

—Jamás he coqueteado contigo.

—Claro que no. Estaba Lawrence por medio. ¿Cómo ibas a coquetear si sólo te interesaba tu esposo?

—¿Es eso un pecado?

—No seas cínica.

—No me vayas a repetir lo que ya me han dicho esta noche, que yo no quería a mi marido y que me casé por su dinero.

—¡Al diablo con eso! Me importa un rábano el motivo que tuvieses, aunque quien lo dijo tenía razón. Pero a mí sólo me has interesado tú. No poseo la fortuna de Lawrence, pero me habría casado contigo sin vacilar si te hubiese conocido primero.

—Y quizá yo habría aceptado de no haber conocido antes a Lawrence. La vida es así, está rodeada de una serie de circunstancias. Existen muchas mujeres, Francis.

—Para mí no hay otra más que tú.

Francis la rodeó por la cintura, la atrajo bruscamente para besarla.

Nora volcó el contenido del vaso sobre la cara de Cornell, el cual retrocedió corriéndole el *whisky* por las mejillas hasta la pechera.

—¿Qué has hecho, maldita?

—Tú te lo has buscado. Vete y déjame en paz.

Cornell permaneció un rato inmóvil mirándola. Finalmente, dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—Cornell —dijo ella.

Se volvió hacia la joven, pero no dijo nada.

—Mañana mismo me buscaré otro abogado.

Francis entornó los ojos.

—Quisiera que no lo decidieses ahora.

—Mañana, cuando vayas al despacho, puedes ordenar todos los trámites. Naturalmente, prepara también la minuta de tus honorarios.

—Quizá no ocurran las cosas como tú quieres.

Cornell salió de la casa.

La lluvia seguía cayendo menuda.

Soltó una imprecación por no haber llamado un taxi desde la casa.

Bueno, ahora no podía arreglarlo.

Caminó sujetándose el sombrero con la mano derecha porque se había levantado un fuerte viento.

Una sombra, junto a los árboles, fue tras de él.

CAPÍTULO XII

Nora se escanció más *whisky* en el vaso.

Justo cuando se lo llevaba a los labios se produjo un relámpago en el cielo y empezó a llover con más fuerza.

Hasta el tiempo era malo. Todo estaba en contra. Le gustaba el cielo azul, las noches estrelladas...

Sí, decididamente, al día siguiente regresaría a Europa pero esta vez iría directamente a la Riviera. Pasaría el invierno allí.

¿Por qué había echado de menos Nueva York? Había venido para solucionar unas cuantas cosas, pero todo seguía lo mismo.

¿Por qué no llegaba Kingston? ¿Qué le había ocurrido?

No quería volver a llamar a aquel número. Le contestaría otra vez Verónica Smith.

Se acercó a la ventana.

Otro relámpago rasgó el cielo.

Quedó sobrecogida, porque durante los segundos que duró el resplandor, creyó ver un hombre entre los árboles, a unas cincuenta yardas, en la mitad del camino a la puerta de hierro.

Se quedó inmóvil, rígida, esperando que se produjese otro relámpago.

Transcurrieron veinte segundos.

Otra vez se iluminó el cielo. Tenía los ojos fijos en el lugar donde había creído descubrir al hombre. Pero ahora sólo vio los árboles húmedos, el paseo cubierto de hojas.

Todo estaba desierto. Su mente empezaba a traicionarle.

Bebió otro trago de *whisky*.

De pronto, un rayo tableteó en el cielo.

Ahora sus ojos miraban a la derecha. Algo parecido a una sombra corrió por entre los arbustos hacia la parte trasera de la

casa.

Abrió la mano y el vaso se estrelló en el suelo.

—¡Yvonne! —Se volvió, gritando.

Diose cuenta de que no la podía oír porque ella misma le había ordenado que se retirase a su habitación.

Abrió de un tirón la puerta y echó a correr.

—¡Yvonne! ¡Yvonne!

Cruzó el vestíbulo y entró en el corredor que comunicaba con las dependencias de la servidumbre.

Precipitóse en la habitación de Yvonne, dando vuelta al conmutador de la luz.

Otra vez quedó inclinada hacia adelante, jadeando.

No había nadie.

—¡Yvonne! —llamó.

No le llegó ninguna respuesta. La cama no había sido utilizada.

Fue hacia la pequeña puerta que comunicaba con el cuarto de baño.

—¡Yvonne!

No, tampoco la criada estaba allí.

Escapó por el corredor y llegó a la cocina que estaba iluminada.

Apoyóse en el borde de la mesa, mirando a su alrededor.

Yvonne se había marchado.

Estaba sola en la casa. Completamente sola.

De pronto, en la puerta que comunicaba con la parte exterior dieron un golpe y lanzó un grito.

Llamaban con el puño.

—¿Quién es?

Otra vez sonó el golpe.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Siguió un silencio.

Ahora sólo podía oír el repiqueteo de la lluvia.

Retrocedió hacia la pared mirando la puerta. Estaba cerrada, pero el que estaba fuera podía tener una llave falsa y el cerrojo estaba despasado.

Corrió a la puerta y tomó el cerrojo, pero sus dedos resbalaron sobre el acero.

Creyó morirse y gritó al oír que desde la otra parte introducían algo por el ojo de la cerradura.

Se echó sobre la hoja con todas sus fuerzas, haciendo rechinar los dientes.

Sonó un chasquido cuando el que manejaba la llave logró abrir.

Su mano se apoderó otra vez del cerrojo y lo pasó de un solo golpe.

Entonces se retiró de la puerta.

Escuchó la respiración del hombre que hacía fuerza desde el otro lado.

La puerta era muy sólida y el cerrojo grande. Pertenecía a un modelo muy moderno. Era una auténtica barra de acero. No, no se podría partir. El hombre que intentaba entrar en la casa tendría que derribar la hoja.

Recordó entonces la puerta de entrada. También tenía una barra, pero quizá Ivonne se había marchado por allí.

Dios mío, ya no oía al hombre. Quizá él también había pensado lo mismo y se dirigía a la escalera principal.

Otra vez echó a correr cruzando como una exhalación por el corredor.

Golpeó el hombro contra una esquina cuando desembocaba en el vestíbulo y estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio.

Llegó a la entrada principal justo cuando oía unos pasos en el porche.

Tal como suponía, la barra no estaba echada.

La puso sobre los soportes de seguridad y cuando lo hubo conseguido se dejó caer en el suelo y permaneció quieta tratando de recuperar el resuello.

Otra vez funcionó una llave en la cerradura, pero la barra cumplió su misión y la puerta no cedió una sola pulgada.

Debería llamar a la policía. Hasta ahora lo había podido resistir, pero ya había llegado al límite de su resistencia.

Sólo debía tener en cuenta su propia seguridad. Se trataba de su vida.

Corrió a la biblioteca. En el momento en que cruzaba el umbral de la habitación, el teléfono se puso a sonar y se detuvo lanzando un grito.

Una llamada... Dos...

Se asustó al oír una respiración. Era la suya.

Echó a andar tambaleante.

—Diga —habló por el auricular.

—¿Cómo está, señora Burgoyne?

Era otra vez Verónica Smith.

—Por favor, cuelgue.

—No tenga tanta prisa.

—Es urgente, señorita Smith.

—Eso es lo que les pasa a ustedes, las que tienen dinero.

—Se lo ruego...

—Green que lo suyo es lo único importante en el mundo, ¿verdad, señora Burgoyne?

—Oiga, señorita Smith, preciso de la policía.

—Ya le comprendo. Quiere llamar a la policía para quitarse de encima a Kingston.

—No, no es eso.

—Podrá engañar a las personas que la rodean, señora Burgoyne, pero a mí no me la pega.

—Oiga, señorita Smith, le pagaré...

—¿Me pagará?

—Sí, mañana mismo, pero por favor, cuelgue.

—Quiero hablar con Kingston.

—No está aquí.

—Oh, no, señora Burgoyne... No vuelva a las andadas. Se lo acabo de decir. Soy más lista de lo que la gente cree.

—¡Le repito que Kingston no llegó a pisar esta noche mi casa!

—Por ese camino no llegaremos a ninguna parte.

Nora golpeó la horquilla repetidamente y se cortó la comunicación, pero no oyó el zumbido señalándole que la línea había quedado libre.

Era ella, Verónica. Seguía con el auricular. ¡Había quedado incomunicada!

Se quedó con la boca abierta mientras por su mente cruzaba un rayo de luz.

¡Verónica y Kingston! Los dos estaban de acuerdo. Claro que sí, el hombre que había pretendido entrar en la casa era Kingston y también Kingston la había amenazado de muerte... Era el autor de la carta... ¡La iba a matar!

Pero ¿por qué Kingston quería matarla?

«Serénate, Nora. Tienes que lograrlo a toda costa. No puedes perder el control de tus nervios... ¿Y si Kingston estuviese de acuerdo con ellos para que te vuelvas loca?... ¿Por qué no, Nora? No hace falta que te maten. Sólo con meterte en una casa de salud lo habrán logrado. Dick conseguirá sus veinticinco millones y Charles la diferencia hasta los treinta... Todos ellos se han confabulado contra ti... Todos, Nora».

Dio un chillido y hundió la barbilla en el pecho apretándose las sienes.

«¿Cómo has sido tan estúpida, Nora? Ha habido un hombre que te ha tendido la mano, Cornell Francis. ¿Por qué no lo has aceptado...? ¿Por qué no?... Bueno, no hace falta que te recrimines. Cornell Francis se marchó y no volverá».

Golpeó otra vez en la horquilla.

Tampoco le sirvió. Estaba claro, Verónica había descolgado definitivamente.

¿Qué podía hacer? ¿Salir de la casa...? No, aquel hombre la estaba esperando fuera.

Se dijo que él entraría. Le bastaría con romper los cristales de una ventana. El hombre la estaría vigilando y elegiría la ventana que más le conviniese. ¿No había trepado hasta la de su dormitorio?

¡La pistola! ¿Cómo no se había acordado antes?...

Lawrence tenía una pistola. Se la había dejado a ella. Lawrence le había dicho que la guardase en la caja de caudales que había detrás del retrato de aquel caballero del siglo XVI.

Corrió hacia el cuadro y lo quitó de un tirón, arrojándolo al suelo.

¿Cuál era la combinación...? Santo cielo, ¿cómo era posible que olvidase la combinación de una caja que había abierto tantas veces?

Empezó a mover el dial. 2... 4... 8...

No, no era el 8... Era el 7.

Luego el 3 y el 2...

Tiró de la puerta, pero ésta no obedeció a su impulso.

Lo había hecho mal. Se había equivocado.

Sus dientes rechinaron en el paroxismo de la furia.

Otra vez tenía que empezar. 2-4-7-3-2.

Oyó el chasquido y dio un suspiro de alivio. Introdujo la mano ansiosamente.

La pistola..., ¿dónde estaba la pistola?

Se puso de puntillas mirando la caja. No alcanzaba a ver el fondo. Allí había un cofre. ¿Estaría en el interior...? No recordaba tampoco lo que le había dicho Law.

Atrapó el cofre, pero estaba cerrado y la llave la guardaba ella en el tocador. Pero ¿qué estúpida era? Había abierto el cofre antes de emprender su viaje a París. No, allí no estaba la pistola.

Sus dedos tocaron algo.

¿Qué era aquello?

Sacó el objeto y se quedó perpleja mirando una cartera de hombre.

La cartera era de piel de cocodrilo. Había dos iniciales de oro: «L. B.». Lawrence Burgoyne.

¡Pertenece a su marido!

Gritó otra vez dejando caer la cartera al suelo sintiendo que su cuerpo se convertía en un bloque de hielo. Miraba fijamente la cartera que al caer se había abierto desparramando unas fotografías. En la primera de ellas estaba Law, su esposo, observándola con aquella seriedad suya y unos ojos que parecían poseídos de un brillo maligno.

CAPÍTULO XIII

Nora se agachó tomando la cartera.

Había otras fotografías, la de ella y de Law en Miami. Los dos estaban en bañador. Había sido tomada durante su luna de miel. Y otra en que ella aparecía sola en la puerta de la casa. El propio Law se la había hecho, y él dijo que era su foto favorita y que siempre la llevaría consigo. Recordaba sus palabras cuando se despedía en el mismo aeropuerto poco antes de que él subiese al avión que lo debía conducir a Nueva Guinea. Un viaje sin regreso.

«Todas las noches miraré tu foto... Todas las noches».

Y aquella fotografía ahora estaba en su propia casa y la había encontrado en la caja fuerte.

¿Cuánto tiempo había estado allí?

Dios mío, ¿es que Law vivía?

Entonces aquel hombre que había fuera... ¡Era Law...!

De repente el timbre del teléfono sonó otra vez.

Nora dio un chillido tapándose los oídos. No quería oírlo. ¡No quería oírlo!

—¡Basta ya! —Se echó a llorar y se volvió contra la pared y se puso a golpearla con los puños.

Pero el teléfono seguía sonando.

Se volvió cayéndole las lágrimas por las mejillas y echó a andar lentamente, con un terrible cansancio.

Sería otra vez aquella horrible mujer que le impedía ponerse en contacto con el mundo exterior... Pero ella había creído que Verónica estaba en combinación con Kingston, y ahora, tan sólo hacía un momento, había llegado a la conclusión de que era Law. Le suplicaría... Le prometería cinco mil dólares, diez mil, los que fuesen... Convertiría en una aliada a Verónica... Ésa era su jugada.

¿Por qué había de preocuparse?

Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano mientras alargaba la otra atrapando el receptor.

No se atrevió a decir nada. Tragó saliva antes de hablar.

—¿Sí?

Un silencio. Un frío silencio.

—¡Diga! Hable, por favor... ¡Diga, Verónica...! La escucho.

Sabía que estaban a la otra parte. Lo sabía. Pero no hablaban.

¿Por qué?

—¿Quién está ahí...? ¡Quién...! ¡Digan algo! ¡Lo que sea...!
¡Hable!

Se produjo un chasquido.

Nora golpeó la horquilla con insistencia.

—¡No se retiren sin hablar! ¡Diga algo!

Otra vez habían interrumpido la comunicación..., pero tampoco habían colgado.

Seguía sola. Completamente sola.

Un relámpago más intenso que los otros iluminó el jardín y se volvió, mirando a través de los cristales.

Fuera caía un diluvio.

No, allí no había nadie... ¿Y si el hombre, quienquiera que fuese, se había marchado después que ella cerró la puerta? Al fin y al cabo, quizá habría supuesto que ella se encontraría en condiciones de pedir auxilio.

Si se trataba de Kingston, era evidente que estaba en complicidad con Verónica.

Si al menos estuviese Yvonne... ¿Adónde había ido?

La sirvienta se debería haber marchado para siempre. La había asustado cuando la acusó de haber dejado el papel en el tocador.

Pero ¿qué seguridad tenía ella de que Yvonne no estuviese en alguna parte de la casa?

¿Y si ella también formaba parte de la combinación?

Yvonne podía ser el brazo ejecutor. ¿Por qué no, si estaba ya dentro de la casa...? Sí, Yvonne conocía todos los rincones. Seguro que estaba en algún lugar esperando su momento para matarla.

¡Y ella creía estar segura allí!

Miró la puerta cerrada y permaneció inmóvil un rato observando el picaporte.

Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que el tirador estaba tan inmóvil como la propia pared.

Se encontraba excitada. Muy excitada.

Un trago de *whisky* lo podría arreglar.

Las veces anteriores le había servido.

Se escanció en un vaso y bebió un largo trago.

Ahora no le pareció que el *whisky* le quemaba como antes.

Resultaba suave. Muy suave.

Apuró hasta la última gota del vaso.

Luego se escanció más y bebió la porción de una sola vez.

Era una gran idea. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Se emborracharía.

Sí, bebería dos vasos más. Todo consistía en eso, en beber como Dick, o quizá un poco más, hasta perder la noción de todo.

Sintió deseos de reír.

Se acordó de pronto. ¡La pistola!

¡La pistola estaba en el segundo cajón del archivador!

¿Cómo no lo había recordado antes? Ella misma la había puesto allí.

Tomó la botella de *whisky* y le dio un beso.

Sí, el *whisky* le había servido para devolverle la memoria.

Corrió hacia el archivador y abrió el segundo cajón. Allí estaba la pistola, negra, brillante.

La tomó con la mano y apretó con fuerza la culata. Se sintió reconfortada. Podía enfrentarse con lo que fuese.

Se echó a reír estremeciendo los hombros.

Oyó un ruido. Procedía de arriba, de su dormitorio.

Dejó de reír instantáneamente.

La sangre corrió tumultuosa por sus venas. Era Yvonne, la asesina.

Ella le tomaría la delantera porque tenía una pistola.

Se despojó de los zapatos. Primero del derecho, luego del izquierdo. Tenía que hacerlo silenciosamente...

Abrió la puerta con la mano libre y miró fuera.

El vestíbulo estaba en silencio.

Se deslizó hacia la escalera.

Al llegar al primer peldaño miró arriba.

No, tampoco había nadie.

Subió por la escalera poco a poco.

Llegó a lo alto.

Continuó andando hacia el dormitorio.

Puso la mano en el picaporte y esperó escuchando.

No, no oía nada.

Hizo girar el tirador y le dio impulso a la puerta, abriéndola.

—Yvonne —dijo.

Se echó a reír otra vez.

—¿No me contestas, Yvonne?

Rió con más fuerza.

—Sé que estás ahí, Yvonne. He descubierto tu juego, pero no voy a consentir que me mates... No se lo consentiré ni a ti ni a nadie. ¿Lo oyes?

Dejó transcurrir cinco segundos.

—Tengo una pistola, Yvonne, ¿lo oyes? No te miento. Tengo una pistola... Te mataré... Juro que te mataré a menos que decidas salir...

Nora se introdujo por el hueco.

Lo hizo conteniendo la respiración.

Miró la ventana. Estaba cerrada, tal como ella la había dejado.

Todo parecía estar en orden.

Miró el tocador. No había un nuevo mensaje.

Caminó hacia el cuarto de baño. Esta vez utilizó el pie derecho para abrir porque la puerta estaba entornada.

Se había equivocado.

Yvonne no estaba allí.

Entonces el ruido había procedido de su mente.

¿Es que se iba a volver loca?

Fue andando hasta la cama y allí se dejó caer rendida, sin abandonar la pistola, relajando su cuerpo.

Yvonne había permanecido en Nueva York durante su viaje. Sí, ella tenía que ser la cómplice del hombre que estaba fuera.

De pronto recordó algo, una escena que había acontecido una semana antes de que emprendiese el viaje a Europa.

Fue una tarde en que ella regresó a casa después de haber estado de compras. Abrió con su llave. Se dirigió a la cocina para decirle a Yvonne que no cenaría en casa aquella noche. La había invitado una antigua amiga cuyo esposo se encontraba en Washington.

Pero al pasar frente a la habitación de Yvonne la oyó en el interior, hablando por teléfono. Fue a hacer sentir su presencia cuando se detuvo al oír lo que decía la sirvienta por el cable...

«No, querido, eso no lo puedo hacer... No me pidas eso... Se ha portado muy bien conmigo y no lo merece».

Luego ella llamó a la puerta e Yvonne colgó enseguida. No le había dado importancia hasta entonces.

Yvonne se estaba refiriendo a ella mientras hablaba a su prometido. Ahora podía reconstruir la otra parte del diálogo sin lugar a dudas. Seguro que el novio de Yvonne le estaba proponiendo matar a su señora... ¡A ella! Era eso, pero Yvonne había rechazado la propuesta. La sirvienta había permanecido en la casa porque su enfermedad le impidió acompañarla durante su viaje por Europa. Durante aquellos meses en que Yvonne estuvo sola en Nueva York, su novio había tenido tiempo para convencerla.

Ésa era la respuesta a todo el misterio.

Law estaba muerto y Kingston no había ido a la casa por cualquier razón. Quizá no lo creyó conveniente. Era posible que se hubiese encontrado con un amigo o una amiga y hasta podía haber sido víctima de un accidente de circulación. ¿Por qué no? A cada minuto ocurría uno en Nueva York y aquella noche, con la lluvia y la oscuridad, era más propicia que cualquier otra a que los hubiese.

Eran Yvonne y su novio.

Pero ahora ella los había atemorizado. Les había impedido lograr su propósito.

En cuanto a Verónica Smith, existía una explicación muy fácil para justificar su conducta. Estaba celosa. Sí, ésa era la razón por la cual Verónica había hablado con aquel tono sarcástico. Eso justificaba que la hubiese llamado la última vez y hubiese dejado el teléfono descolgado. Verónica pensaba que Kingston estaba en aquella casa, en sus brazos... Era su pequeña y odiosa venganza.

No debía pensar más. Yvonne había dejado campo libre a su prometido, pero ella, Nora, le había impedido la entrada. Con toda seguridad, a estas horas aquel hombre se había marchado ya.

No, Yvonne no volvería, y cuando aquella estúpida de Verónica dejase de interferir la línea, ella llamaría a la policía para denunciar a la sirvienta y a su novio.

No debía de preocuparse por nada. Absolutamente por nada.

Rió otra vez. No, no era el *whisky*. Se había encontrado otra vez a sí misma.

Alargó la mano y escondió el arma bajo de la almohada.

Una mente perturbada podía pensar muchas cosas. Eso era lo que le había ocurrido a ella, a su cerebro, durante un buen rato.

De repente oyó pasos.

Sus labios dejaron de sonreír. Empezó a alzarse de la cama.

Los pasos venían desde el corredor. Eran lentos.

Quedó tan sobrecogida que no tuvo fuerzas para apoderarse de la pistola.

En el hueco vio aparecer a un hombre.

Desorbitó los ojos.

Aquel hombre era Lawrence, su marido.

CAPÍTULO XIV

—¡Law! —exclamó Nora.

El permaneció inmóvil.

—Hola, Nora —dijo—. Apagaré la luz. Me molesta en los ojos.

Sin esperar una respuesta, dio vuelta al conmutador.

La estancia quedó envuelta en la oscuridad.

—¡No! —gritó Nora—. ¿Por qué haces eso, Law?

—Ya te lo he dicho. Estoy acostumbrado a la noche... He vivido últimamente entre las tinieblas...

Un relámpago iluminó la estancia.

Nora vio la cara varonil envuelta en sombras.

Sintió una especie de hormigueo por las venas, como si la hubiesen puesto en contacto con una corriente eléctrica, pero cuyo efecto fuese sintiendo poco a poco.

—¿Es posible que seas tú...?

—Sí, Nora.

—No lo puedo creer.

—Me has visto.

—Pero tú...

—Yo estaba muerto.

—Kingston lo dijo... Se llegó a aquella aldea. Sólo encontraron algunas ropas que te habían pertenecido... Tus dos porteadores también habían sido muertos... y el guía murió poco después... El fue quien dijo que habíais sido atacados por los indígenas.

—Sí, Nora.

—Entonces... No lo comprendo.

—Tenía que salvarme porque debía volver... Sí, Nora, yo tenía que volver aquí para que los culpables de mi supuesta muerte recibiesen su castigo.

—Pero, Law, ¿por qué has hecho eso...? ¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—Ese papel amenazándome de muerte..., ¿lo escribiste tú?

—Sí.

—El anillo...

—Era el de nuestro matrimonio.

—¿Por qué me engañó Dick? ¿Por qué? ¿Es que estaba de acuerdo contigo?

—Dick no sabe nada. No me ha visto... Nadie está al corriente de mi regreso. Tú eres la única persona.

—La cartera...

—La puse yo mismo en la caja de caudales.

—Pero todo eso, ¿para qué?

—¿No te lo imaginas?

—Law..., por lo que más quieras... ¿Qué es lo que te han dicho? ¿Qué es lo que supones?

—Reconstruí la verdad cuando logré salvar la vida. Las cosas no ocurrieron como Kingston contó... Sólo simuló estar enfermo. Yo quería ir a la aldea antes de que comenzase la época de las grandes lluvias. Elegí a dos porteadores y a uno de los guías indígenas. Me despedí de Kingston dejándolo en la cama... Pero cuando estábamos a unas seis millas nos empezaron a disparar desde la selva... Lo hacían certeramente. A cada bala caía uno de mis hombres... Yo sólo conocía a alguien que pudiese hacer tales blancos... El propio Kingston. Habíamos sido atacados en un lugar en el que nos encontrábamos en inferioridad de condiciones... También me llegó el turno. Una bala me golpeó en el hombro... A unas cien yardas corría un torrente, Me arrastré por la maleza... Una de las veces, que me detuve volví la cabeza atrás y vi a Kingston observando los cadáveres. Quería comprobar el resultado de su celada... Vio mi sangre y empezó a seguirme... Mi herida era grave. Pensé que estaba perdido. Mientras me arrastraba, perdí mi única arma, el rifle... Me di toda la prisa que pude... Cuando llegué al borde del precipicio, sin vacilar, me dejé caer. Sabía que moriría allí abajo, pero era preferible a que Kingston me matase.

El hombre que contaba la historia hizo una pausa pasándose la mano por la cara.

—Perdí el sentido y cuando volví en mí me encontré en una

aldea, en el interior de una cabaña... Sólo tres días más tarde pude enterarme de lo ocurrido. Me habían encontrado medio ahogado. Las aguas me habían arrojado a la orilla, en las proximidades de una aldea... Luché mucho tiempo entre la vida y la muerte... Meses, Nora... Muchos meses... Estaba muy lejos de un lugar civilizado... Y cuando pude considerarme a salvo, me encontré con que no podía andar. Me había convertido casi en un paralítico. Sólo tenía piel y huesos. Tuve que quedarme allí más meses, más semanas..., mucho tiempo para pensar por qué Kingston había hecho aquello. Era absurdo, completamente absurdo, a no ser que...

—Continúa, Lawrence.

—A. no ser que estuviese de acuerdo con otra persona.

—¡Con Charles!

—¿Tú crees?

—El te odia.

—No, Nora. No me odia... Digamos que sólo lamenta no haber sido como yo. Charles, en el Afondo, no es una mala persona. Se da cuenta de que vive en un mundo vacío, él quisiera cambiar, pero le falta voluntad... En cierto modo, ha creído que yo poseía esa tenacidad que le faltaba a él. Tú lo has interpretado mal y por eso dices que me odia.

—¡Dick...! ¡Fue Dick!

—¿Mi hijo?

—Sí, Law... ¿Es que no lo ves claro...? Necesitaba matarte a ti y luego habría hecho lo mismo conmigo... Ha estado a punto de hacerlo, Law... Pero primero tenía que eliminarte a ti... Yo sabía que era un mal muchacho... Iba con malas compañías y había contraído deudas de juego... Sólo ahora debe siete mil dólares... Quiso que yo le diese el dinero, ¿lo oyes, Law? ¡Fue Dick!

—No, querida. No fue Dick. Tampoco él se puso de acuerdo con Kingston.

—¿Por qué? ¿Por qué lo vas a rechazar? Es la única persona que queda si eliminas a Charles.

—Queda alguien.

—¡Francis...! Es verdad... Está enamorado de mí. Esta misma noche me lo ha dicho... Oh, Law, ¿cómo hemos estado tan ciegos...? Ese miserable lo preparó todo... El compró a Kingston.

—Tampoco fue Francis, Nora... Fuiste tú.

—¿Yo?

—Sí.

—¡Law...! ¡Estás loco! ¿Cómo puedes decir eso...? ¿Cómo puedes dudar de mí...? ¡Soy tu esposa...!

—Eres mi asesina.

—Te han engañado... Te han mentido... ¿Quién ha dicho eso? ¿Quién me ha acusado?

—Tu cómplice.

—¡No!

—Sí, Kingston.

—¡Es un canalla! ¡Un miserable...! ¿Cómo iba a hacer yo tal cosa, Law?

—Nunca me quisiste... Lo supe desde el principio. Me casé contigo porque estaba enamorado de ti y pensé que llegarías a quererme. Pero tú decidiste otra cosa.

Acabar conmigo... Sí, ¿por qué soportarme si podías conseguir mi herencia, mi fortuna, y luego tener a los hombres que quisieses?

—¡Law!

—No quito una sola palabra. Preferías a Kingston, pero erraste en tus cálculos.

—No te comprendo.

—Me entiendes perfectamente... Sólo querías mi fortuna... Creíste que con matarme a mí la lograrías. Por eso te aliaste con Kingston. Pero tú ignorabas que en mi testamento sólo te había dejado medio millón. ¡Medio...! Pensaste que todo sería para ti.

—No, Law... Por favor..., no pienses eso de mí..., ¡es una infamia!

—Kingston ha confesado.

—¿Qué?

—Kingston lo contó todo.

—No te puede haber contado nada. ¡Es un canalla...! Tú lo sabes... Te lo advertí, Law. Era un aventurero... y tampoco te dije... —se interrumpió.

—¿Qué es lo que no me dijiste?

—Kingston pretendió que te dejase.

—Así sale perfecto. Kingston quiso apartarte de mi lado, pero a ti se te ocurrió una cosa mejor. Librarte de mí para quedarte con mi dinero. De esa forma podrías tener a Kingston hasta que te cansases.

No, no te podías casar con un hombre como Kingston, pero él entró conforme en el trato.

—No, Law... ¿Por qué le has creído? ¿Por qué?

—Ha dicho la verdad. No ha tenido más remedio que decirla porque se estaba muriendo.

—¿Eh?

—Kingston ha muerto. Lo atrapé y quiso defenderse... Lo dejé en muy mal estado..., casi agonizante...

—¿Dónde dejaste a Kingston?

—En la parte trasera de la casa.

—¿Se lo dijiste a la policía?

—No. Pero no me pasará nada. Lo maté en legítima defensa.

Ella guardó un momento de silencio.

—¿Has venido solo, Lawrence?

—Sí. Con pasaporte falso.

—¿También hiciste eso?

—No quería correr el riesgo de que alguien me identificase. Habría bastado que yo figurase con mi verdadero nombre entre los pasajeros para que los periódicos hubiesen lanzado ediciones extraordinarias anunciando mi regreso a la vida. Hasta llegar a esta casa he sido Rudolp Kafman.

—¿No hiciste ninguna visita a nadie...?

—Prometí que mi primera visita sería a ti y luego a la policía llevándote conmigo.

Nora respiró profundamente.

—¿Cuál es tu propósito?

—Quiero que confieses.

—No lo haré.

—Te obligaré a ello. Ahora que te conozco perfectamente no me detendré ante nada.

Nora se dijo que la pistola seguía estando donde ella la había dejado.

Bueno, todo tenía solución en este mundo...

Se echó hacia atrás e introdujo la mano bajo la almohada, extrayendo el arma.

Se volvió bruscamente.

Rió al ver que Law no se había movido.

—Bien venido, marido —dijo.

El tono de su voz había cambiado.

—¿Qué vas a hacer, Nora? —preguntó él.

—Matarte.

—No. No lo harás.

—Sí, Law. Voy a matarte definitivamente.

—Entonces, ¿es cierto? A pesar de lo que dijo Kingston había alentado la esperanza de que hubiese mentido.

—No, Law. No te mintió... Entérate de una vez. ¡Te aborrezco...! ¡Siempre te aborrecí!

—Gracias.

—No me las des.

—Deja esa pistola.

—Ese estúpido de Kingston hizo las cosas mal, pero yo ahora las voy a rectificar. Tú has estado muerto, Law, y lo seguirás estando.

—¿Vas a disparar contra mí?

—Seguro.

—¿Y qué harás luego con mi cadáver?

—A los dos, a ti y a Kingston os quemaré. Hay un buen horno en la casa. ¿Te acuerdas? Me lo enseñaste tú mismo. Luego aventaré vuestras cenizas...

—Muy romántico.

—Sobre todo, práctico.

El entró en la estancia.

—No te muevas, Law, y será menos doloroso para ti.

—No puedo creer que vayas a matarme a sangre fría.

—Lo haré. Tú me lo has facilitado todo, Law... Nadie te conoce.

—Nora sonrió—, nadie sabe que estás aquí. Te llegaste a nuestro país con un falso nombre... La única persona que te vio, Kingston, está muerta... No te preocupes, Law. Seguiré siendo tu fiel viuda...

—Eso es un sarcasmo porque no me has sido fiel. También Kingston habló de ello.

—Resulta aburrido que salgas ahora con eso admitiendo que me casé contigo sólo por tu fortuna. Y te agradeceré otra cosa. Seré dueña de todo.

—¿Qué hay de mi hijo? ¿También lo vas a matar?

—Está pasando un apuro. Quizá otros se ocupen de él y no haya necesidad de que yo lo haga.

—¿Y Charles?

—A Charles le gusta tripular coches deportivos... Me da en la nariz que un día u otro tendrá un accidente.

—Un accidente que tú prepararás.

—Eres muy listo, Law.

—¿Cómo puede un ser humano llegar a caer tan bajo?

Nora rió con estridencia.

—El dinero, Law... El maravilloso dinero...

El dio otros dos pasos hacia ella.

Nora disparó la pistola.

El siguió andando.

Nora disparó otras dos veces y al ver que él ni siquiera se estremecía se echó hacia atrás e hizo fuego dos veces más.

—¡Cáete, maldito! ¡Cáete! —gritó.

—No puedo caer porque no tengo las balas en el cuerpo... ¿Es que no te das cuenta? Estás disparando contra un fantasma..., porque yo no soy tu marido.

CAPÍTULO XV

Nora lanzó un terrible aullido y se arrojó de bruces sobre la cama sollozando, estremeciendo los hombros.

De pronto se iluminó la estancia.

Charles Burgoyne entró en el dormitorio seguido de dos hombres.

—Muy bien, Slim —dijo, pegando una palmada al hombre sobre el que Nora había disparado las balas de fogeo—. Ha sido una buena representación.

Nora alzó la cara, mirando con ojos desencajados a su cuñado.

—¿Tú, Charles?

—Sí, Nora. Te presento a Slim Florent, actor de TV. Convenientemente maquillado, daba el tipo de mi hermano y es un verdadero as imitando voces. Pasé mucho tiempo en busca de alguien que me pudiese servir y, al fin, uno de mis investigadores lo encontró, aunque tuvo que ir por él nada menos que a Vancouver... Y aquí tienes al teniente Ronald Mason y al sargento Winifred Harbour, de la Brigada de Homicidios.

Mason era el más alto de los dos policías.

Nora los miraba a todos, desconcertada.

—¿Qué significa esto, Charles?

—¿Es necesaria la pregunta? Tú lo sabes bien. Lo acabas de confesar. El teniente y el sargento lo han oído y hemos registrado tu conversación con Slim en una cinta magnetofónica. Entramos en la casa antes de que pasases las barras.

Hubo un silencio, y luego Nora dijo:

—La cinta magnetofónica no sirve como prueba ante un tribunal.

—Tenemos también la declaración de Kingston.

—Mi abogado se encargará de demostrar que Kingston no pudo acusarme. Está muerto.

—Siento darte una mala noticia, querida. Kingston vive.

—¿Qué?

—No ha sufrido el menor daño. Lo atrapé cuando iba a entrar en la casa y lo dejé sin conocimiento. Cuando volvió en sí, me fue fácil hacerlo cantar. —Charles se miró el puño donde tenía una despellejadura.

—Me defenderé, Charles.

—Te va a valer de poco.

—No existe cuerpo del delito.

—Eso es lo que tú dices. Encontraron los restos de mi hermano.

—Otra mentira.

—No, nena. Eso es verdad. Lo comprobarás leyendo los periódicos de la mañana. El dentista de Lawrence probará que esos restos son los de mi hermano. ¿Y sabes una cosa? Se ha demostrado que fue baleado por la espalda... Eso fue lo que hizo Kingston con él. Asesinarlo. Naturalmente, también se han encontrado los cuerpos de los porteadores que igualmente, como mi hermano, fueron muertos a tiros... Kingston llevó a cabo un buen trabajo de carnicero.

—¿Por qué Kingston no pudo hacerlo por su cuenta?

—El no tenía ningún motivo para llevarlo a cabo.

—Yo podía ser ese motivo.

—Hay personas que no matan sólo por amor... Se lo dijiste antes a Slim. Tú y Kingston sólo seríais capaces de matar por dinero..., por el maravilloso dinero... —Charles sonrió con ironía.

—¡Maldito! —gritó Nora y se arrojó sobre Charles con zarpas levantadas.

El teniente Mason atrapó a la joven por la cintura y la retuvo contra sí.

—Contrólese, señora Burgoyne. No culpe solamente a su cuñado. Ha sido un trabajo de colaboración... Hasta su propia criada nos echó una mano dejando cierto mensaje en su tocador y marchándose de la casa cuando nosotros se lo pedimos.

—Si, nena —dijo Charles—. Necesitábamos que ardiese un poco en el homo antes de llegar a la última escena de la comedia.

—¡Maldito...! ¡Maldito seas mil veces...!

Charles sacudió la cabeza dubitativamente.

—Tuviste mala suerte, nena. Sólo eso... Mala suerte.

* * *

Dick Burgoyne estrechó la mano de su tío Charles.

—¿Por qué te arriesgaste, Charles? Luke Sheridan te podía haber matado.

—Sabía que te encontrabas en un apuro, y cierto amigo te había visto en el garito de ese jugador de ventaja. Sólo tuve que ir allí y decirle a Luke unas cuantas cosas.

—¿Por ejemplo...?

—Luke me debe un par de favores, después de todo yo tampoco he sido trigo limpio, aunque nunca he llegado a estar a la altura de un canalla como Sheridan. En resumen, se pudo arreglar, y Luke me entregó tus pagarés.

Suzy tenía en la mano los documentos a los que Charles se refería.

—¿Los puedo romper ya, Dick?

—Sí, nena.

—¿No quieres hacerlo tú?

—Prefiero que sea mi futura esposa la que lo haga.

—¡Dick! —Ella hizo ademán de ir a abrazarlo.

—Primero rompe eso —dijo él—, no vaya a ser que echen a volar.

Suzy se puso a romper con entusiasmo los justificantes de la deuda que Dick había contraído con Luke Sheridan. Luego, los dos jóvenes se abrazaron y unieron sus bocas.

Charles Burgoyne sonrió mientras andaba hacia la puerta.

Estaba a punto de salir cuando volvió la cabeza.

—Eh, chicos.

Suzy y Dick interrumpieron su beso y le miraron con las cejas enarcadas.

—Dejadme que sea yo el primero que lo diga... Enhorabuena.

Luego, Charles Burgoyne cerró la puerta y echó a andar por el corredor silbando la marcha nupcial.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).